

El convento franciscano

DE ZINACANTEPEC DEL SIGLO XVI

HISTORIA E ICONOGRAFÍA

Alfonso García García







GOBIERNO DEL ESTADO DE MÉXICO

EDITOR

El convento franciscano

DE ZINACANTEPEC DEL SIGLO XVI

HISTORIA E ICONOGRAFÍA



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Raymundo Martínez Carbajal
Secretario de Educación

Edgar Alfonso Hernández Muñoz
Secretario Técnico del Consejo Editorial

El convento franciscano de Zinacantepec del siglo XVI. Historia e Iconografía
© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente no. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

ISBN: XXXXXXXXXXXXXXXXX

© Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal. 2011
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
consejoeditorial@edomex.gob.mx

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración
Pública Estatal CE: xxx/x/xx/xx

© Alfonso García García

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o
procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del
Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

El convento franciscano

DE ZINACANTEPEC DEL SIGLO XVI

HISTORIA E ICONOGRAFÍA

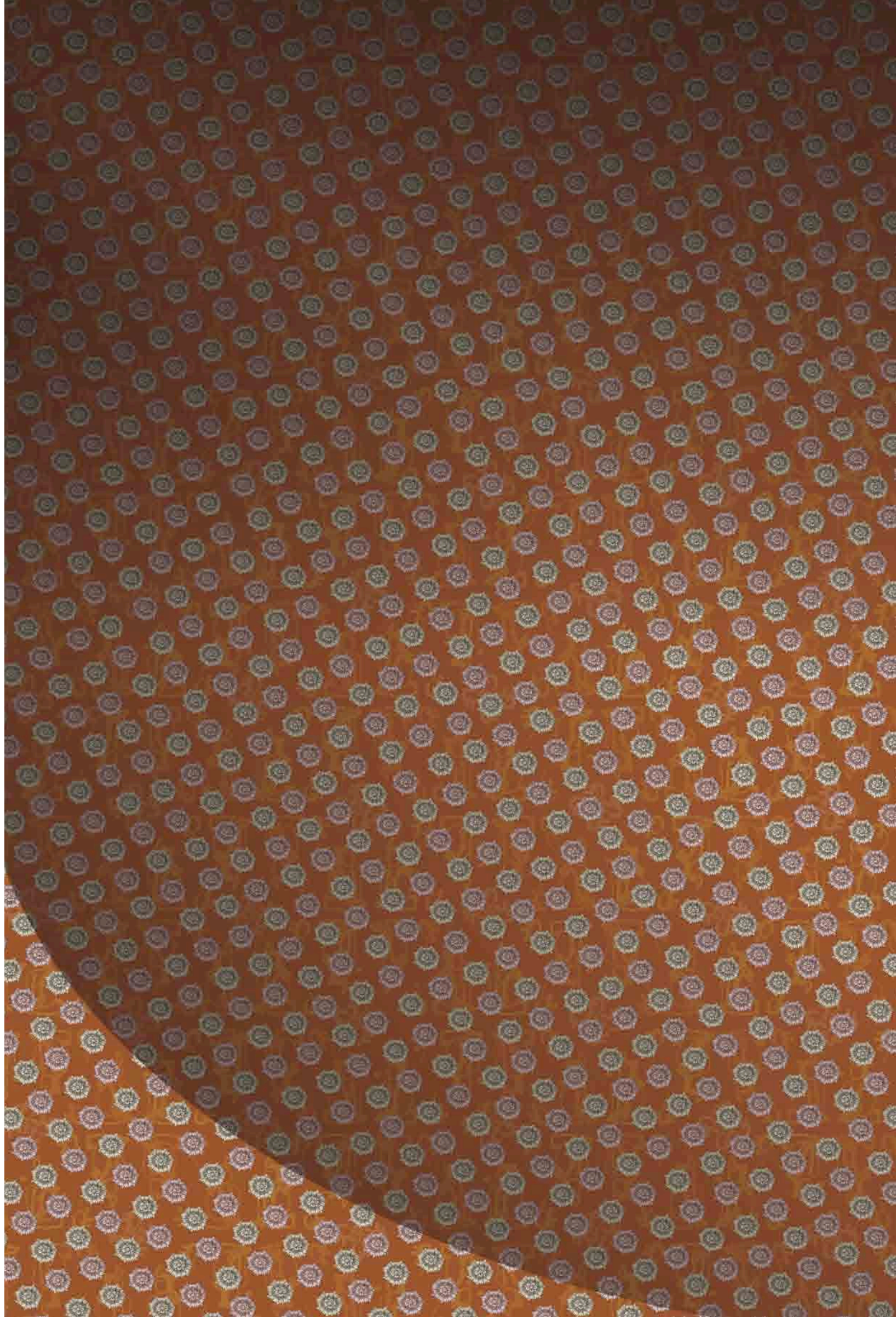
ALFONSO GARCÍA GARCÍA







Para Delia y mi familia que son los ángeles de mi vida





LIMINARES

PRESENTACIÓN

El estudio emprendido por el maestro Alfonso García García sobre el convento franciscano de Zinacantepec nace de la exigencia de facilitar la comprensión de este conjunto monástico edificado durante el siglo XVI, al público del siglo XXI que se ha alejado de los conocimientos y sabiduría de aquellos antepasados mezcla de españoles e indígenas que construyeron algo más que un lugar funcional para el desarrollo de la actividad religiosa; una labor que permitió el difícil proceso de *identificación e identidad* relacionado con una nueva manera de habitar y significar esta tierra.

En efecto, así como lo menciona Christian Norberg-Shulz en su obra: *L'Abitare*¹ “identificación significa apropiarse de un mundo a través de la comprensión”, entendiendo el concepto de identidad en función de los lugares que habita el hombre, de las cosas que construye y a las que dota de significado.

“Habitar consiste sobretodo en la apropiación de un mundo de cosas, no en sentido material, sino en cuanto a la capacidad de interpretar los significados que éstas reúnen”².

A través del arte el ser humano mejora su capacidad de significar las cosas y por ende se apropia del mundo que habita estableciendo una relación amistosa con éste.

La relación amistosa con el ambiente que nos rodea tiene que ver por lo tanto, con la posibilidad de comprender y atribuir significados a las cosas.

A través del presente trabajo el lector realizará una visita virtual al conjunto monástico antes señalado y establecerá una relación de identidad con éste, al mismo tiempo que los conocimientos proporcionados por el autor le brindarán una mayor conciencia del valor histórico, artístico y social que el convento de Zinacantepec y los

¹ Christian Norberg Shulz. *L'abitare. L'insediamento, lo spazio urbano, la casa*. Milano: Electa, 1984, pp. 19-20.

² *Íbidem*

múltiples artefactos que en éste se encuentran le ofrecen para una experiencia inolvidable.

Indudablemente la importancia de este sitio queda manifiesta a primera vista por medio de las proporciones imponentes de su superficie: más de veinte mil metros cuadrados en donde la iglesia de San Miguel, la Capilla Abierta, el templo mariano, y el edificio conventual destacan entre las múltiples áreas verdes provistas de hermosos jardines floridos y arbolados, cuyo atrio se distingue en comparación con el de otros conventos virreinales, tanto por su amplitud (14, 210 m²), como por su altura, ya que está situado en una plataforma que se eleva casi un metro por arriba del nivel de la calle.

Mas los altos muros almenados que circunscriben esta joya arquitectónica cual Jerusalén Celeste en el Valle de Toluca, no sólo delimitan la peculiar geografía de este complejo edilicio ubicado en el “cerro del Murciélago”, invitando a un recorrido en el cual los sentidos quedarán sin lugar a dudas complacidos, sino que en base al planteamiento sustentado en el presente trabajo, el lector atento podrá fácilmente descubrir el valor semántico de cada elemento arquitectónico, pictórico, escultórico presente en el convento de Zinacantepec. Su alcance tiene aún vigencia por la trascendencia de los mensajes originados por los grupos sociales que interactuaron para la construcción de una cultura renovada y común: otomíes, matlatzincas, mazahuas y nahuas del Valle de Toluca quienes se esforzaron para traducir al lenguaje de los frailes europeos sus anhelos profundos y su cosmovisión, generando así una cultura nueva, sincrética.

Desde un enfoque erudito, Alfonso García García plantea los orígenes históricos de Zinacantepec a través de numerosas fuentes bibliográficas tanto primarias, como las crónicas escritas por los evangelizadores del siglo XVI, entre los que destaca fray Gerónimo de Mendieta, como documentos

recientes, constituidos por investigaciones realizadas por eminentes arqueólogos, como por ejemplo, Román Piña Chan o Francisco Riva Castro quienes dan cuenta del importante bagaje cultural que caracterizó a la población indígena antes de la Conquista, en esta área de la actual República mexicana. La información recabada es expuesta de forma sencilla, una trama en la que resaltan las observaciones derivadas del trabajo de campo realizado por el mismo autor y de la minuciosa observación que éste ha realizado sobre las múltiples imágenes pintadas en muros y lienzos, esculpidas en finos relieves pétreos o talladas en madera que cobran una impresionante presencia en el desarrollo de esta monografía.

Muy valioso me parece el trabajo de investigación iconográfica que aquí se aporta, sobretodo el estudio de los múltiples personajes representados en las principales superficies del convento que le dan sentido y trascendencia a la labor misionera emprendida ahí hace más de cuatrocientos años, me refiero en particular al patrono de la iglesia, el Arcángel San Miguel y a la figura fundacional de San Francisco.

En el caso del Jefe de la Milicia Celeste, su significado teológico, así como su relación con los lugareños están vinculados con la misión de luchar sin tregua contra el demonio, es decir contra el mal que en los tiempos posteriores a la Conquista se identificaba con el politeísmo indígena y la idolatría. San Miguel es quien recibe al visitante en la puerta de acceso de la iglesia en donde aparece representado en uno de los recuadros principales flanqueado por la efigie de San Francisco, ambas imágenes talladas en madera. Su presencia campea en la pintura del retablo central de la Capilla Abierta, así como en la imagen del gran lienzo que decora el interior del templo en el muro sur del presbiterio, obra conocida con el nombre de Cristo del Perdón, de época barroca.

El gran árbol genealógico en el que aparece San Francisco pintado en el muro de la Capilla Abierta conforma un programa iconográfico complejo debido a la presencia de numerosos personajes que lo acompañan cuya identidad pudo ser descubierta gracias a la comparación de otras diferentes fuentes pictóricas virreinales sobre el mismo tema y al rigor metodológico que ha caracterizado la labor del maestro García García. El significado de esta representación está vinculado con el humanismo, postura ideológica y religiosa que caracterizó la misión de los franciscanos siempre dispuestos a comprender a los indígenas y a los individuos más desprotegidos, con el afán de brindarles apoyo tanto espiritual como material, capacitándolos para enfrentar los retos que el nuevo orden político y social imponía.

Con respecto a la cultura humanista, resulta de interés resaltar la influencia renacentista que el autor devela en este trabajo, al tratar el tema de la mitología y del sincretismo cristiano desplegado en las paredes del convento por medio de extrañas imágenes.

Misteriosas figuras pintadas en blanco y negro como salidas de las páginas de un gran códice, son aquí identificadas en base al contexto cultural italiano del siglo XVI. Dioses del panteón grecorromano como Atenea y Mercurio, símbolos de sabiduría y de la relación entre la tierra y el cielo respectivamente, son presentados como verdaderos ejemplos del sincretismo religioso validado por la tradición europea de aquel entonces que permitía asociar el personaje de la Virgen María con Atenea/Minerva, diosa de la paz y de la justicia, y el de Mercurio con los ángeles, mensajeros de Dios. No hay que olvidar que el patrono del lugar es el propio San Miguel Arcángel, el heraldo encargado de proteger al género humano del maligno, lo que podría sugerir cierta relación con el personaje mitológico antes mencionado.

Aparentemente, los monstruos y los seres híbridos, las fieras, los lazos y las guirnaldas vegetales que complementan esta iconografía mitológica carecen de sentido debido al contexto religioso que los alberga, sin embargo, su razón de ser es explicada a la luz de la corriente filosófica conocida por los fundadores del convento: el neoplatonismo, cuyo planteamiento es la clave para comprender cómo el ser humano puede y debe elevarse a una dimensión espiritual, dejando atrás sus instintos bestiales y los lazos que lo atan a una vida grosera.

Muchas otras enseñanzas emergen de este acucioso estudio que abarca con una mirada integradora también el aspecto arquitectónico de los múltiples edificios incluidos en este recinto, así como delicadas cuestiones relativas a la fecha de su fundación y origen que resultan novedosas comparativamente con otras investigaciones. De la misma manera, el lector revalorará una de las piezas artísticas más destacadas del convento de Zinacantepec, la famosa pila bautismal del siglo XVI, presentada a través de una prolija información que relaciona las fuentes históricas con la iconografía, evidenciando el significado trascendental de este importante artefacto, símbolo cristiano de la Redención.

Pero sobretodo, esta publicación inaugura una manera novedosa de reseñar el patrimonio artístico nacional, a través de una visión humanista, comprensiva de los múltiples aspectos de la cultura del pasado, enfocada al rescate de significados que aún hoy enriquecen y avivan la relación con nuestro *hábitat*, contribuyendo a promover una convivencia social más armónica y propositiva.

INTRODUCCIÓN

Esta investigación, producto de los estudios de la maestría que realice en la Universidad Anáhuac, se inició por la emoción y amplio placer estético suscitado por el conjunto artístico del monasterio de Zinacantepec y por el deseo de comprender el porqué de los elementos y soluciones de su arquitectura, pintura mural, de las imágenes del arcángel San Miguel, de sus pilas bautismales, su Cristo de caña de maíz, su púlpito, su Virgen del Rayo y otros elementos más de la construcción, constantes de la historia del arte europeo e indocristiano que se han logrado conservar desde el siglo XVI.

Por su superficie de más de 20 000 metros cuadrados y por su localización en el centro de Zinacantepec, el conjunto arquitectónico del monasterio es la construcción más importante de esta población. Ahí, en un espacio amurallado, en parte con almenas, se encuentran el atrio, la cruz, la capilla abierta, el baptisterio, dos capillas posas, el convento, el templo, la escuela, la huerta y las capillas de la Porciúncula y de la Virgen del Rayo.

El convento de Zinacantepec es el único, de los cuatro que se edificaron por los franciscanos en el valle de Toluca en el siglo XVI, que conserva la totalidad de las instalaciones arquitectónicas, pinturas y esculturas con las que se construyó.

El de San José de Toluca fue derruido totalmente y en su lugar se levantaron la catedral y los Portales de la ciudad; del convento de Calimaya sólo se conserva una pequeña capilla del siglo XVI, y del de Metepec, el convento, la iglesia y parte de su atrio.

Quizás se puede decir que el convento de Zinacantepec no es tan esplendoroso o rico como otros monasterios del arte colonial mexicano, pero se puede afirmar que produce un alto deleite estético y guarda el encanto y la belleza de un convento franciscano del siglo XVI edificado de acuerdo con los principios

de la orden que señala fray Gerónimo de Mendieta, quien vivió en el convento de Toluca en esa época:

Los edificios para morada de los frailes sean paupérrimos y conforme a la voluntad de nuestro padre San Francisco; de suerte que los conventos de tal manera se tracen, que no tengan más de seis celdas en el dormitorio; de ocho pies de ancho y nueve de largo; y la calle del dormitorio á lo más tenga espacio de cinco pies de ancho y el claustro no sea doblado y tenga siete pies de ancho.¹

Ahora el monasterio, con el valor histórico y artístico de su acervo arquitectónico, pictórico y escultural, se puede considerar como uno de los monumentos más valiosos del patrimonio cultural de México.

La investigación documental y de campo para elaborar este trabajo tiene como objetivo general formular por primera vez un estudio monográfico de este importante monumento, reuniendo la información existente y aportando nuevos análisis iconográficos e históricos.

En el primer capítulo se presenta el contexto de Zinacantepec en la época prehispánica, encontrado por los conquistadores y evangelizadores españoles en el siglo XVI, pues la situación histórica y religiosa de la población otomí, matlatzinca y mexica que habitaba en ese entonces sirve de antecedente para entender la participación del indígena en la construcción del convento de esta población.

En el cántico de las esculturas y en la belleza y mensaje de las pinturas murales del monasterio de Zinacantepec queda testimonio del refinado y alto pensamiento renacentista de los frailes, y del pensamiento cosmogónico precortesiano del indígena constructor y artista.

El indígena pronto aprendió en las escuelas de artes y oficios que establecieron los frailes evangelizadores. Los frailes y maestros europeos traían del Viejo Mundo pinturas, estampas, grabados, dibujos, telas bordadas, libros de oraciones y otros objetos de artes menores de diversas épocas y estilos, que los indígenas aprendían a

¹ Fray Gerónimo de Mendieta. *Historia Eclesiástica Indiana*, pp. 255-256.

reproducir y, en ocasiones, les imprimían algunos rasgos indígenas; nació así lo que Constantino Reyes Valerio denomina arte indocristiano, que encontramos en las pilas bautismales, en las columnas de los pórticos del atrio, en algunas pinturas murales del convento de Zinacantepec y en otros monumentos del arte de la Nueva España.

En este capítulo se ha procedido a relacionar cronológicamente las distintas referencias históricas que de Zinacantepec se han localizado en las obras de los arqueólogos que han realizado exploraciones y estudios de la historia de los centros ceremoniales de los otomíes, matlatzincas, mazahuas y mexicas que habitaron el valle de Toluca, llamado de Matlatzinco; poblaciones con las que los habitantes de Zinacantepec convivían y tenían intercambios económicos y culturales.

Así se reúnen por primera ocasión estos datos y con los mismos se hace un serio, aunque breve, intento para formular los apuntes básicos de la historia prehispánica de Zinacantepec.

Con las investigaciones sobre la arqueología y la historia de las culturas que habitaron el valle Matlatzinca y las de otros estudiosos de la antropología se presenta el marco general de la religión que tenía la población otomí, matlatzinca y mexica de Zinacantepec a la llegada de los conquistadores españoles, y en particular de los misioneros evangelizadores quienes, con su infatigable trabajo y vida ejemplar, lograron la conquista espiritual de los indígenas, mismos que sufrieron el trauma cultural producido por una conquista no sólo militar sino ideológica.

El trauma de los sacerdotes y dirigentes de los indígenas vencidos, sobre todo en el campo de la religión, lo escribe fray Bernardino de Sahagún, quien lo recogió de los diálogos que sostuvo con los sabios y sacerdotes de los recién conquistados. Sobre este tema existe un impresionante relato que se incluye en este trabajo. De igual forma se mencionan algunas de las deidades de la población de Zinacantepec señaladas en los informes de los trabajos arqueológicos realizados en las

poblaciones asentadas en el valle Matlatzinca, en el que se encuentra Zinacantepec, y finalmente se señalan las deidades impuestas por los mexicas de Axayácatl que conquistaron y sojuzgaron al pueblo de Zinacantepec y a sus vecinos del valle antes de la llegada de los españoles.

En el segundo capítulo se señalan, en términos generales, los principios en que se sustentó y el fin de la realización de la evangelización de los indígenas conquistados, quiénes fueron los primeros sacerdotes que vinieron a la Nueva España, sus primeros diálogos, prédicas y la forma en que lograron enseñar la doctrina cristiana y evangelizar a la población indígena. En este capítulo se incluye la información disponible para conocer el origen y el tiempo en que se construyó el convento de Zinacantepec.

En el siguiente capítulo se presenta un breve estudio de los atributos del arcángel San Miguel, bajo cuya advocación se puso desde sus inicios al convento y la población de Zinacantepec, y se enuncian las diversas imágenes que del arcángel se conservan en la iglesia y la capilla abierta de este convento.

En el cuarto capítulo se describe el atrio del convento y su importancia en los inicios de la evangelización de los indígenas de Zinacantepec. El atrio vino a suplantar a la plaza o centro ceremonial prehispánico y fue el primer elemento arquitectónico del convento que se construyó. En el atrio se realizaban, de acuerdo con los relatos de los cronistas del siglo XVI, las actividades de la iglesia, la enseñanza de la doctrina y la impartición de los sacramentos. Además, se describe la cruz del atrio del convento y su simbolismo.

En el quinto capítulo se presentan los antecedentes y el establecimiento de la capilla abierta del monasterio de Zinacantepec construida dentro del atrio, las capillas posas y la cruz durante los primeros tiempos de la evangelización en forma independiente, pues seguramente se construyó antes que el convento y la iglesia. Se incluye también la descripción de la bella fachada de la capilla abierta con sus

esbeltas columnas toscanas y arcos de medio punto, y se describen las pinturas del presbiterio, de los muros y el baptisterio de la capilla abierta.

También se presenta la descripción de la interesante pila bautismal monolítica labrada por hábiles manos indígenas. Se hace referencia a los elementos y significado del sacramento del bautismo y de la forma como realizaban esta ceremonia en la Nueva España los primeros evangelizadores, y del rito de imposición del nombre a los niños en el México prehispánico.

En el sexto capítulo se refieren los antecedentes del programa arquitectónico de los conventos que se levantaron en la Nueva España en el siglo XVI, se hace un breve relato de algunos pasajes de la vida en un monasterio, así como la descripción de las instalaciones del portal de acceso y los confesionarios que ahí se encuentran, de sus claustros bajo y alto, de su sala de profundis, anterefectorio, refectorio, alacena, cocina, despensa y portal de racioneros o peregrinos que se localizan en la planta baja y de las celdas del padre prior o guardián del convento, de visitantes especiales y de los frailes. Así también del *scriptorium*, biblioteca, antecoro y celda de oración del claustro alto.

Por primera ocasión en un trabajo de investigación se trata de los relojes de sol y la función del pequeño campanario o espadaña que se conservan en el ático del claustro alto.

En el séptimo capítulo se presenta el estudio y la descripción iconográfica de algunas de las pinturas y esculturas del convento e iglesia de Zinacantepec. En primer lugar, se estudian los murales de la pintura grutesca realizados por los pintores indígenas egresados, en su mayoría, de las escuelas de los frailes evangelizadores. Se trata, en forma general, de los antecedentes y características de la pintura grutesca que se extiende en cientos de metros por todo el convento. En este capítulo también se presenta la relación de los colores, dónde se obtenían y con qué se les daba consistencia en el siglo XVI.

Además, se analiza el sentido mnemotécnico o didáctico del programa pictórico del convento de Zinacantepec, y se trata de encontrar la fuente que dio origen al árbol genealógico de San Francisco, entre otros temas de los murales del monasterio.

Finalmente, se intenta hacer la descripción iconográfica de varias de las pinturas al óleo ubicadas en los altares de la iglesia y las capillas del monasterio de Zinacantepec.

El octavo capítulo trata lo referente a la escuela del convento, y en el noveno se hace el análisis histórico y descriptivo de los principales elementos arquitectónicos y de la decoración del templo gótico isabelino, de una nave y se describe su sobria portada de estilo gótico isabelino y su tardía torre decorada con pequeños estípites de estilo barroco popular. Además se hace referencia general a la cúpula, bóveda y ventanas de la iglesia. También se presentan los antecedentes y descripción de las valiosas obras que tiene el templo de Zinacantepec, el púlpito con su estilo de reminiscencias gótico-medievales, el Cristo de caña de maíz, la pila bautismal de barro, la Capilla de la Porciúncula y la sacristía, que conserva un cuadro con la representación de la Piedad y el descendimiento de Jesús de la cruz que data de 1626.

En el décimo capítulo se describe la capilla de la Virgen de los Dolores en su advocación de Virgen del Rayo y, finalmente, se hace una breve mención del museo que se encuentra en el convento de Zinacantepec.

Al considerar que en la actualidad sólo existen algunos datos aislados de la historia prehispánica de Zinacantepec y someros estudios de algunos de los elementos de la arquitectura, pintura y escultura del convento, esta investigación surge por la importancia y alto valor artístico e histórico de este monasterio. La meta es formular un estudio monográfico en el que se reúnan los datos de la historia y se haga la descripción de todo el acervo artístico y, de ser posible, el análisis iconográfico, hermenéutico y humanístico de este importante monumento del arte colonial mexicano.

En esta investigación se exponen no sólo el arte europeo del monasterio de Zinacantepec sino también algunas de las huellas del arte indígena que sobrevive en diversos elementos.

La hipótesis de este trabajo es proporcionar una visión integradora de los diferentes discursos emitidos sobre el arte arquitectónico, pictórico y escultórico del convento franciscano de Zinacantepec, y tratar de enfatizar que estas manifestaciones artísticas no pueden ser entendidas sólo como un producto de un estilo artístico determinado, sino como el resultado del contexto geográfico, social, cultural e histórico que se derivó de la conquista militar y espiritual de la población indígena en el siglo XVI.

Fueron los frailes mendicantes quienes propagaron el evangelio cristiano y la cultura europea en un proceso de aculturación; mientras que los indígenas fueron la mano de obra en la construcción de los recintos sagrados, y de las obras de arte, que hoy constituyen el valioso acervo del patrimonio artístico de México.

En el título de esta investigación quedan manifiestos el propósito y la voluntad de investigar la variedad y riqueza de los elementos de esta monumental construcción, símbolo del arte, pensamiento e historia de Zinacantepec.

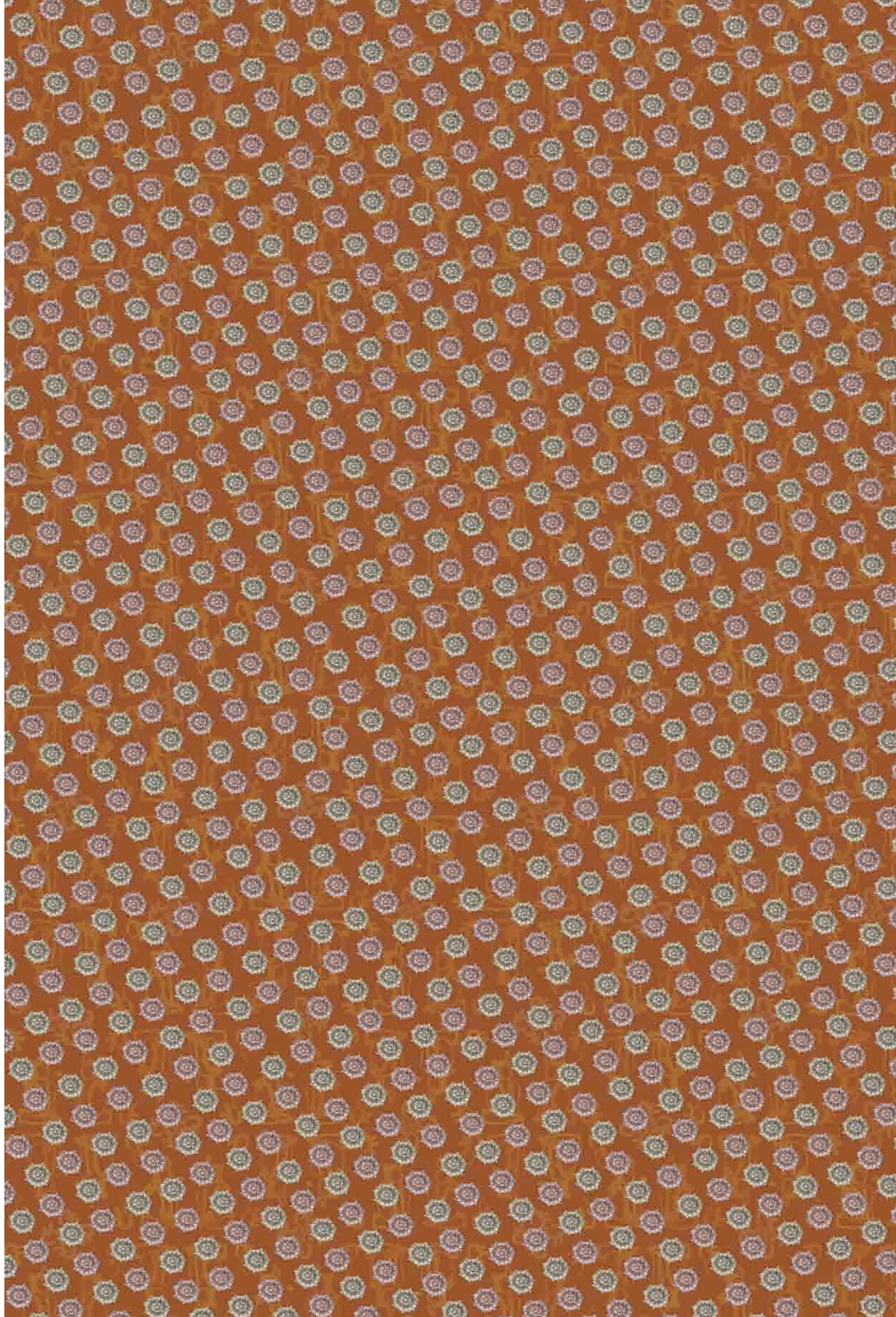
No debe perderse de vista que junto a los notables y bellos testimonios del arte gótico isabelino, bizantino y barroco existen algunos elementos artísticos del mundo prehispánico de los indígenas. De ahí que en esta investigación se intente presentar en una visión unitaria el contexto del entorno histórico, religioso y el análisis artístico e iconográfico de la arquitectura, pintura y la escultura del monasterio de Zinacantepec.

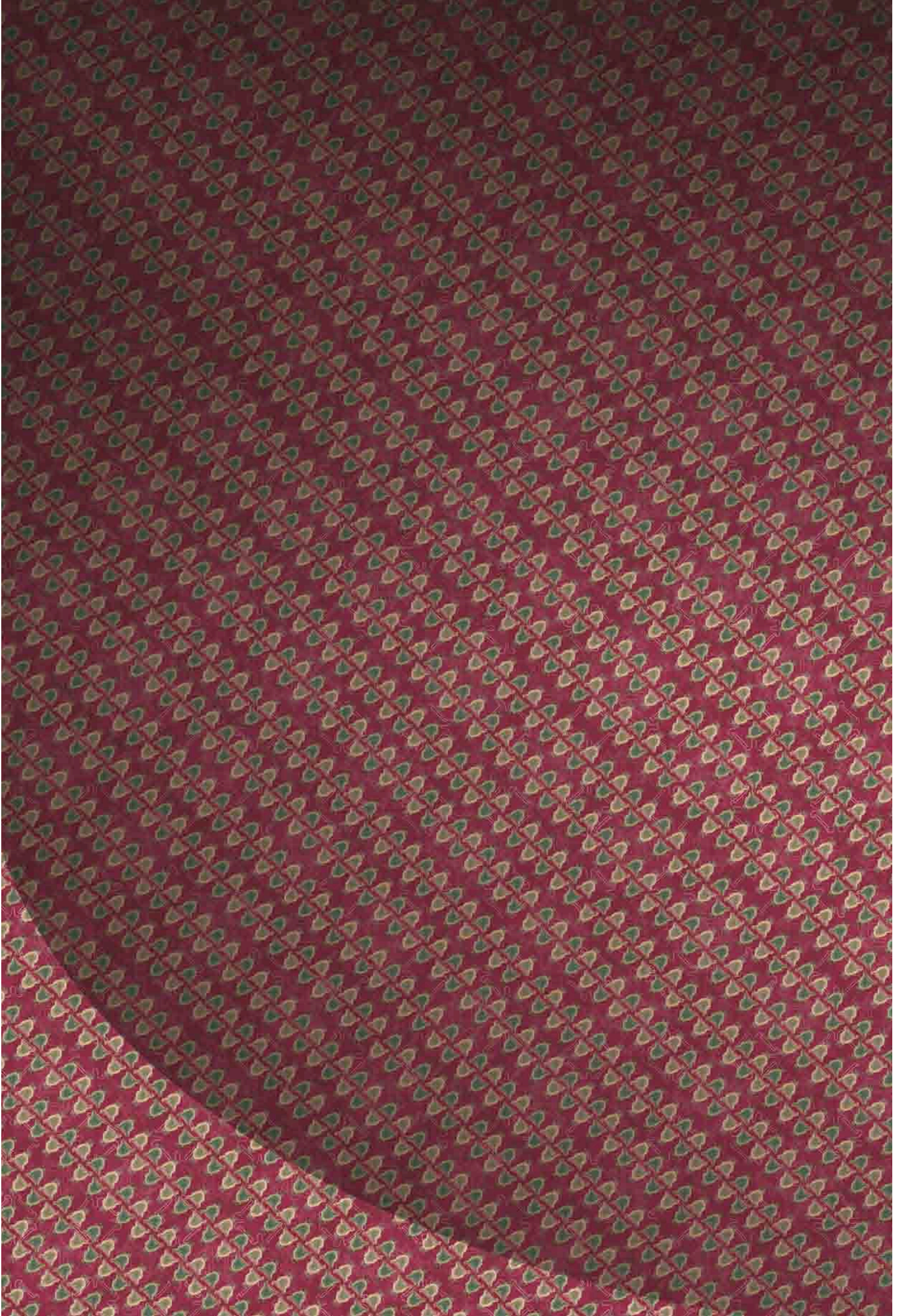
Para sustentar la elaboración de esta investigación se recurrió al uso de citas de las obras de diversos autores que van desde las inmarcesibles crónicas de los frailes del siglo XVI, a los informes y publicaciones de los prestigiados arqueólogos y


antropólogos que han estudiado las culturas que habitaron la región de Zinacantepec, y las obras de eminentes estudiosos del arte de la época del virreinato. La investigación documental que sirvió de base para formular esta investigación se señala en la bibliografía que aparece al final.

Expreso aquí mi agradecimiento a mis Maestros de la Escuela de Turismo y de la Facultad de Contaduría y Administración de la Universidad Autónoma del Estado de México que me dieron su clase y me guiaron para obtener los títulos de Licenciado en Turismo y de Administración de Empresas; así también mi reconocimiento a los Maestros de la Universidad Anáhuac que me orientaron para obtener el grado de Maestría en Humanidades, precisamente con la investigación sobre el convento de Zinacantepec que ahora se publica. Así mismo expreso aquí mi testimonio de gratitud y reconocimiento a los eminentes y prestigiados intelectuales mexicanos y extranjeros (historiadores, arqueólogos, antropólogos, doctores y maestros especialistas y estudiosos del arte mexicano) quienes hicieron los primeros trabajos de los años de 1920 hasta los de las nuevas corrientes de nuestros días, cuyos trabajos me han servido para la formulación de esta investigación. También agradezco al entonces director del Museo Virreinal de Zinacantepec, el antropólogo Alfonso Sandoval Álvarez, por los planos e informes que desinteresadamente me proporcionó.

Merece mención especial y mi reconocimiento sincero la maestra María Eugenia Militello por haber orientado la realización de este trabajo; sus extensos y sólidos conocimientos del arte universal y de México, así como su generosidad e invaluable consejos, fueron la base para realizar el mismo. Además, le expreso mi gratitud porque al asistir a las clases de arte, que magistralmente imparte en la Maestría de Humanidades de la Universidad Anáhuac, encontré que el estudio del arte es una de las mejores formas para acercarse al conocimiento del bien y de la felicidad.







CONTEXTO GEOGRÁFICO,
HISTÓRICO Y RELIGIOSO DE
ZINACANTEPEC EN LA
ÉPOCA **PREHISPÁNICA** Y DE
LA **CONQUISTA** ESPAÑOLA



GEOGRAFÍA E HISTORIA

LOS RECURSOS NATURALES DEL VALLE

Zinacantepec, que significa “en el Cerro del Murciélago”, se ubica a 99° 54’ 14” de latitud este y a 19° 15’ 19” de longitud norte, a una altitud de 2 784 metros sobre el nivel del mar (msnm), dentro del valle de Toluca, a 12 kilómetros al poniente de la capital del Estado de México.

Su clima es templado subhúmedo con lluvias en verano en las planicies bajo 2 700 msnm, y frío en la sierra entre 2 800 y 4 650 msnm. Su temperatura oscila entre 12 y 14 grados centígrados y tiene una alta precipitación pluvial.

La composición geológica de las planicies está conformada por tobas y andesitas volcánicas, también se localizan rocas de andesita gris y rosa y minas de arena, tezontle y tepojal.

En cuanto a los recursos hidráulicos, los manantiales que nutren la región nacen en las partes altas del volcán Nevado de Toluca.

El municipio de Zinacantepec se encuentra en el valle de Toluca, antes llamado valle Matlatzinco. Es una zona que recorre de sur a norte el río Lerma, constituida por las lagunas de Almoloya del Río, Capulhuac-Atenco y Lerma o Chignahuapan; además, cuenta con varios afluentes, arroyos y numerosos ojos de agua que, junto con los manantiales del Xinantécatl, le daban a la zona un ambiente lacustre, ideal para los asentamientos humanos.

Entre los recursos naturales de la zona pueden mencionarse: pescado blanco (*iztacmichin*), pescado de zacate o de la grama, ajolotes (*axolotl*), ranas (*cueyatl*), acociles, atepocates o renacuajos (*atepocatl*), juiles (*xohuili*), huevera de mosco de agua (*abuauhli*), patos, alcatraces, ánsares,



garzas, gallinas de agua y otras aves migratorias; lo mismo que variadas especies de tules o juncias (*tollin*), papas de agua y la trilogía mesoamericana de maíz-frijol-calabaza.

Ramón Piña Chan señala que en la época prehispánica se producía maíz de varios colores y calidad, y cita al *Códice Florentino*, donde se dice que “el maíz blanco es propio de las milpas de regadío, de las milpas de roza, de las chinampas [...] de los matlatzincas, de los mazahuacas [...] y es transparente, duro como coyol, consistente, blanco cristalino”, y añade lo dicho por Vetancourt: “y así el maíz que se da en el valle de Toluca es más substancial que el que se da en tierra caliente”. El arqueólogo campechano resalta que, según Basalenque, a los de Toluca se les llamó *nepintatuhui* o “los de la tierra del maíz.”¹

En la misma época se cultivaba frijol y calabaza, cuyas pepitas eran apreciadas, chile y bledo o alegría (*huauhli*), de cuyas semillas se hacían panes o pinole, tal vez chía, lo mismo que magueyes, nopales, tunas amarillas y blancas, frutos del mezquite, etcétera, así como algunos animales pequeños y numerosos animales de caza.²

Fray Diego de Basalenque, padre de la provincia de San Nicolás Tolentino de Michoacán, de la orden de San Agustín, en el año de 1640, encontró dos nombres dados al valle de Toluca en el dialecto matlatzinca: *nentambati*, “los del medio del valle” y *nepintahihui*, “la tierra del maíz”. Posteriormente, en náhuatl, el valle se denominó Matlatzinco o “lugar de los hombres de la red”, los matlatzincas, que traían la honda en la cabeza y que “eran muy atrevidos, determinados y mal mirados así en la paz como en la guerra”, dice Sahagún. La honda propulsora de piedras era llamada *tematlatl* de *tetl*, piedra, y *matlatl*, red.

¹ Román Piña Chan, *Teotenango, el antiguo lugar de la muralla*, p. 547.

² *Idem*.

Matlatzinco es un extenso valle circundado por altos volcanes y montañas: el Xinantécatl y la sierra de Teotenango, al sur; el Xiuhtépetl, “cerro azul”, y el volcán de Ocuilan, al oriente, junto con la Sierra de las Cruces, con sus eminencias llamadas San Miguel, Pico de Cervantes, La Bufa, Cerro Catedral y otros. Y por el norte, limita con el valle Xocotépetl, el cerro de Jocotitlán, donde se veneraba a un dios del fuego. El valle estaba densamente poblado por otomíes, “los cazadores de pájaros”; mazahuas, “los poseedores de venados”; matlatzincas, “los de la red”, que eran pescadores, y una población dominante, política y militarmente, de nahuas tenochcas y del pueblo del Sol.³

Toponimia de
Zinacantepec, Cerro del
Murciélago.

ARQUEOLOGÍA Y FAMILIA LINGÜÍSTICA

Los estudios arqueológicos de Zinacantepec muestran que el sitio ceremonial de la cima de Zinacantépetl, o Cerro del Murciélago, tiene al menos una estructura piramidal de unos 15 metros de frente por 10 metros de fondo, y una plaza al frente orientada hacia el este; por las características de su arquitectura, sistemas constructivos y su cerámica de la fase Coyotlatelco, el sitio corresponde al periodo epiclásico (650-950 d. C.), aunque en la región del valle de Matlatzinco se han localizado vestigios de cerámica y de otros materiales arqueológicos de los periodos preclásico inicial (1500 a. C.-900 d. C.), clásico (200-650 d. C.) y del posclásico (1200-1521 d. C.).⁴

Por las características de los materiales arqueológicos hallados, sobre todo por la cerámica conocida ahora como Coyotlatelco, y por las crónicas, se puede afirmar que Zinacantepec fue fundado por los otomíes en el año 650, cuando la cultura teotihuacana tocaba a su fin. También llegaron de esa gran ciudad, a la cuenca del Valle de México y a las zonas vecinas, grupos que poseían cerámica del periodo final de Teotihuacán, fundamentalmente

³ Javier Romero Quiroz, *La ciudad de Toluca, Capital del Estado de México*, pp. 94, 95.

⁴ Francisco Rivas Castro, *Arqueología de Zinacantepec*, p. 27

2. *Amorcomtes. phi*





Coyotlatelco, como se ha encontrado en Azcapotzalco,

Cerámica de Coyotlatelco

Chimalhuacán, Zumpango,

Xaltocan, Texcoco, Tezoyuca, Tepetlaoztoc,

Tenayuca, Ayotla, Cuautitlán, Coyoacán, Ocoyoacac,

Calimaya, Teotenango, Zinacantepec y Tula, Hidalgo; dichos

materiales los interrelacionan temporal y culturalmente.⁵

La familia lingüística otomí, con población que

habla el idioma otomí o *hia-hiu* y los dialectos derivados

del mismo, ocupa un vasto territorio. Se encuentra

actualmente diseminada por los estados de México, Hidalgo,

Morelos, Querétaro, Guanajuato, San Luís Potosí, Michoacán,

Puebla, Veracruz, Tlaxcala y Sinaloa.⁶

Los estudios de la lengua matlatzinca indican que ésta se derivó del

otomí (cuando menos por 600-700 d. C.), de acuerdo con las estimaciones

de la glotocronología. Jacques Soustelle la clasifica dentro del grupo

Macro-Otomangue, familia otomiana, subfamilia Matlatzinca. Los

otomíes fueron grupos muy antiguos que se dispersaron por varias partes

de la cuenca y centro de México y en el valle de Toluca.⁷

DATOS DE LA HISTORIA PREHISPÁNICA

Algunos cronistas señalan la presencia de los otomíes y matlatzincas en las

zonas teotihuacana y tolteca, y sugieren que de ahí salieron para desarrollar

culturas locales como la de Zinacantepec, Teotenango, Calixtlahuaca y

otras, lo cual explica el parentesco de estos grupos étnicos.

En Zinacantepec, según algunas tradiciones populares, subsistían

reminiscencias de la leyenda de los cuatro soles prehispánicos. Estas

⁵ Roman. Piña Chan, *op cit.*, p. 543.

⁶ José García Payón, *Llegada de los Matlatzincas al Valle de Toluca, Toluca. Crónicas de una ciudad*, p. 16.

⁷ R. Piña Chan, *op cit.*, p. 543.

tradiciones arrancan de la época teotihuacana, cuando los otomíes llegaron a esa gran urbe. Sahagún menciona que en Teotihuacán se celebró la ceremonia del Quinto Sol, con la cual se inicia una nueva etapa histórica y el cambio de religión a la de los toltecas o artífices seguidores del culto a la deidad Quetzalcóatl, quienes salieron, junto con los otomíes y nahuas y se dirigieron en busca de tierras hacia Chicomoztoc. A la caída de Teotihuacán, los otomíes desarrollaron su cultura dentro de estilos locales, alcanzando en algunos casos verdaderos progresos, como lo fue el de los matlatzincas de Teotenango y los otomíes de Zinacantepec.

Los toltecas reunieron en una nación las poblaciones de Culhuacán, los otomíes de Otompan y los toltecas de Tula con lo que quedaba de los olmecas, tlahuicas, matlatzincas y mazahuas. Veytia dice que Quetzalcóatl dividió la capital Tolteca en veinte barrios, uno con el nombre de una de las provincias sometidas a la dominación tolteca, entre ellos estaba el barrio Chiuhnauteca o Xinantécatl.⁸

Por los tiempos de la caída de Tula, se dice que Tecpancaltzin (990-1042), padre de Topiltzin, atrajo a dos señores que se llamaban Quauhtli y Maxtlatzin o Matlatzin, los cuales “tenían muy grandes tierras y muchas ciudades y provincias”, tal vez matlatzincas del valle de Toluca. Quizás Matlatzin se refiere al señor de la provincia Chiuhnauteca, de donde vendría el nombre de Matlatzinca, como del de Tenoch vino Tenochca, aunque se tiene la opinión de Sahagún que éste viene de *matlatl*, “red”.⁹



⁸ J. García Payón, *op. cit.*, pp. 20 y 21.

⁹ *Ibid.*, p. 21.



Zinacantepec aparece otra vez en la historia cuando

Los toltecas se habían destruido y estaba la tierra despoblada [...] vino a ella el gran chichimeca Xólotl a poblarla [...] Xólotl fue a varios cerros con objeto de efectuar sus ceremonias religiosas, entre ellos el Ciuhnauhtecatl [Xinantécatl o Nevado de Toluca] de donde pasó a Malinalco.¹⁰

Las fuentes señalan el colapso de la cultura tolteca en el año uno pedernal, *ce acatl*, en el que los toltecas abandonaron Tula, y poblaron otras regiones del país. Ese año se sitúa en el 1168 d. C. y se toma como base para la cronología de pueblos posteriores.

Los códices Boturini, Florentino y Ramirez y Durán, así como Torquemada y otras fuentes, concuerdan en que los mexicas salieron de Aztlán y llegaron a Teoculhuacan (el verdadero Culhuacán), donde se les unieron varias tribus, entre ellas los matlatzincas y malinalcas.¹¹

Estos grupos eran de linaje chichimeca y hablaban náhuatl, pues según Ixtlixóchitl dice “que son de los meros chichimecas [...] los aztlanecas que ahora se llaman mexicanos [...] otomíes, mazahuas, matlatzincas y otras muchas naciones que se aprecian de este linaje”; mientras que para Torquemada esas tribus estaban interrelacionadas “por ser hermanos y familiares de los mexicas.”

CONQUISTAS AZTECAS Y TRIBUTOS DE ZINACANTEPEC

En tiempos de la expansión militar de los mexicas, de 1474 a 1476, Axayácatl llevó a cabo sus guerras de conquista en el territorio matlatzinca; Orozco y Berra nos dice que:

El reyzeulo de Tolocan, llamado Chimaltecuhtli, estaba enemistado con Tezozomocli, señor de Tenantzinco, y éste pidió ayuda o protección a

¹⁰ R. Piña Chan, *op cit.*, p. 544.

¹¹ R. Piña Chan, *op. cit.*, p. 544-545.

Axayácatl, quien con sus tropas aliadas declaró la guerra a Toloacan. Para ello fueron a Iztapaltitlan y allí se juntó con los guerreros de Tenantzinco, después dieron con los matlatzincas en el paso del río Cuauhpanoayan, donde los destrozaron y siguieron a Toloacan, prendiendo fuego al teocalli del dios Coltzin. La misma suerte corrieron Calimaya, Tepemaxalco, Tzinacantepec y otros lugares.¹²

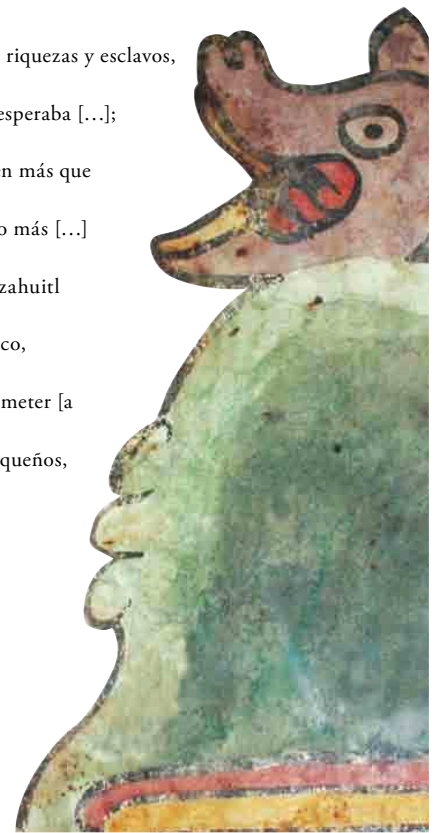
Al respecto, Tezozómoc refiere:

Díjoles Axayácatl a los mexicanos, que acometiendo valerosamente a los matlatzincas no matasen muchos, sino que los fuesen cautivando y dejando atrás: el propio aviso dio a los de Tenantzinco, para que se viese el poder y el valor de cada uno [...] otro día a la alborada, cada pueblo con su gente y diferenciados unos de otros, los mexicanos fueron los primeros que tomaron la delantera por su orden, cada capitán con su gente, y muy de mañana tocaron su bocina los mexicanos y a un mismo tiempo acometieron a los toluqueños.

[...]

A su gente les hizo ver la honra, fama y ganancia de riquezas y esclavos, y sobre todo el vasallaje de tributos y bienes que se esperaba [...]; también les dijo: 'nuestros enemigos no son ni tienen más que nosotros sino cuerpo, armas, rodela y macanas y no más [...] nosotros tenemos gran ventaja porque el propio Tetzahuitl Huitzilopochtli es con nosotros', y los de Tenantzinco, comenzaron con un alarido grande y vocerío de acometer [a la vez] abrasando a fuego la casa del dios de los toluqueños, que se decía Cultzin, de allí fueron a Calimaya, de allí a Tepemaxalco, de allí a Tlacotempan, de allí a Tzinacantepec, y yendo en este alcance sobrevino

¹² *Ibid.*, p. 556.



Tezuzumoctli, señor de Tenantzinco, que venía ojeando por las faldas de los montes a que no huyesen los toluqueños.¹³

Conquistados Toluca, Calimaya, Teotenango, Ocuilan, Tepemaxalco y Tzinacantepec, sus pobladores tuvieron que pagar tributos; los dominantes dejaron, tal vez, algunas guarniciones y encargados o *calpixques* para recoger la tributación, pues Ixtlixóchitl refiere que:

Habiendo juntado sus gentes, fueron contra los de la Provincia de Matlatzinco y los vencieron, y con los cautivos poblaron el pueblo de Xalatlahuac, y luego fueron contra los de Tzinantepec, contra los ocultecas, Malacatepec y Coatepec; y contra los chichimecas y otomíes de todas las provincias que contienen tres naciones, que son otomíes, mazahuas y matlatzincas, cuyos pueblos son Xiquipilco, Xocotitlán, Xilotepec, Teuhtenanco, Tlacotepec, Callimayan, Amatepec, Zinacantepec y Toloacan.¹⁴

Cuando Axayácatl restituyó el señorío de Toloacan a Chimaltecuhtli, nombró a Yaotl como recaudador de los siguientes tributos:

800 fardos de mantas finas, labradas y veteadas de diversos colores de pelo de conejo; otros 370 fardos de otras mantas con sus cenefas de lo propio, y 40 fardos y más siete mantas de plumas que servían de sobrecamas, que todas venían a ser 25,607 mantas, sin (contar) las preseas de joyas de oro,

Guerra florida.
Prisionero
matlatzínca y
caballero tigre
azteca. según Durán.
(Román Piña Chan,
p.556)

¹³ *Ibid.*, p.556.

¹⁴ *Idem.*



Matrícula de los
tributos. Códice
Mendocino

Conquista aztecas
Códice Mendocino

aderezos y divisas de plumerías finas, y en cada año y en cada lugar una sementera de maíz.¹⁵

Y en tiempos de Motecuhzoma —Toluca, Calixtlahuaca, Teotenango, Zinacantepec, Tepexamalco— le tributaban:

2 000 mantas de diferentes formas y colores (400 mantillas de algodón, 400 mantillas de henequén con labores, 1 200 mantillas de henequén blanco); tres armaduras con sus rodelas (azul, verde y rosada); trojes de maíz, frijol, chíya y huauhtli (dos veces al año); así como sacos de sal.¹⁶

POBLACIÓN DE ZINACANTEPEC EN EL SIGLO XVI

En el siglo XVI, el valle de Matlatzinco llegó a tener una población compuesta de otomíes, mazahuas, matlatzincas y mexicas. Fray Alonso Ponce nos dice que “los indios de aquel pueblo [Zinacantepec] y los demás de aquella Guardianía, parte de ellos eran mexicanos, parte otomíes, parte matlatzincas y parte mazahuas, que son diferentes naciones y diferentes lenguas”; mientras que Orozco y Berra apunta que “los matlatzincas, reducidos hoy a Charo y tres pueblos más de Michoacán, formaban en lo antiguo un Estado considerable”.¹⁷

Durante la conquista, los españoles encontraron en el territorio matlatzinca, que colindaba en el norte con la provincia de Xocotitlán, a los

¹⁵ *Idem.*

¹⁶ *Idem.*

¹⁷ *Ibid.*, p. 546.



mazahuas y otomíes; en el oriente, que limitaba con la provincia de Quahuacan, a otomíes, principalmente; al poniente, a los pirindas y tarascos de Michoacán, y hacia el sur, a ocuiltecos y malinalcas, que hablaban el mismo idioma, aunque también había matlatzincas y nahuas o mexicanos.

Conquista española del Valle de Matlatzincó. Según el lienzo de Tlaxcala (Román Piña Chan, p. 558)

LA CONQUISTA ESPAÑOLA DE ZINACANTEPEC

En 1521, dice Cortés:

Llegaron a nuestro real diez indios de los otomíes que eran esclavos de los de la ciudad... y dijéronme como los señores de la provincia de Matlalingo, que son sus vecinos, les hacían guerra y les destruían su tierra y les habían quemado un pueblo y llevándose alguna gente, y que venían destruyendo cuanto podían y con intención de venir a nuestros reales... y en la queja de estos otomíes de aquellos sus vecinos, nos daban a entender que les diésemos socorro.

[...]

[Por lo cual] determiné de enviar allá a Gonzalo de Sandoval, Alguacil Mayor, con 18 de a caballo y 100 peones, en que había sólo un balletero

[...]

El Alguacil Mayor fue aquel día a dormir a un pueblo de los otomíes que está frontero de Matalcingo, y otro día, muy de mañana se partió y fue a unas estancias de los dichos otomíes, las cuales halló sin gente y mucha parte de ellas quemadas; y llegando más a lo llano, junto a una ribera, halló mucha gente de guerra de los enemigos [...] y pasado un río que allí estaba más adelante en lo llano, los enemigos comenzaron a reparar, y el alguacil mayor con los caballos rompió por ellos y desbaratólos, y puestos en huida tiraron su camino derecho a su pueblo, de Matalcingo que estaba cerca de tres leguas de allí; y en todas duró el alcance de los caballos hasta encerrarlos en el pueblo [...] y en este alcance murieron más de dos mil de los enemigos.¹⁸

¹⁸ *Ibid.*, p. 557.

matlatzmeo





La conquista mexicana hizo más miserables a los matlatzincas; produjo rebeliones de varios pueblos ubicados en el sur del valle de Toluca, que fueron sometidos nuevamente por las armas y se les fue imponiendo la lengua, religión y costumbres mexicanas, hasta el grado de desaparecer culturalmente, aunque no físicamente.

Después de la conquista, Zinacantepec fue dado en encomienda a Juan de Sámano, alguacil de la ciudad de México, quien era hijo de Juan Sámano, secretario de Carlos V, y así vemos en la *Suma de visitas de pueblos* de mediados del siglo XVI, que constaba de 546 casas, 815 casados, 35 viudos, 163 mancebos y 236 muchachos, sin los de teta. Para estas fechas el pueblo se había cambiado del Cerro del Murciélago a su sitio actual, pues al pie de la tasación se lee una nota que dice: “está asentado en tierra llana y fría”.¹⁹

El contador Ortuño de Ibarra en su célebre *Tasación*, formulada en 1560, fija al pueblo el tributo de 1 750 pesos anuales en dinero, trigo y maíz. Para 1597 seguía en encomienda de Sámano, acaso de sus descendientes, y el número de tributarios era de 1 191.²⁰

Se puede afirmar que por la fertilidad y alta productividad de la tierra de Zinacantepec, por el número de sus habitantes y por ser el centro económico y cultural de la zona poniente del valle de Matlatzinco, fue uno de los territorios que militarmente conquistaron los españoles y evangelizaron los franciscanos.

RELIGIÓN EN EL MÉXICO ANTIGUO

En la antigüedad, el hombre ante los problemas de su existir buscaba soluciones que pudieran condensarse en dos grandes palabras tan viejas como la humanidad: magia y religión.

¹⁹ Manuel Toussaint, *Paseos coloniales*, p. 101

²⁰ *Idem.*



El temor y la esperanza eran los padres de los dioses. El hombre, colocado en la naturaleza, que lo asombra e intimida al sentir su propia pequeñez ante las fuerzas que no puede dominar, y cuyos efectos dañosos o propicios sufre, ante la imposibilidad de entender o mandar, teme y ama; es decir, adora.

Por eso los dioses han sido hechos a imagen y semejanza del hombre. Cada imperfección humana se transforma en un dios capaz de vencerla; cada cualidad humana se proyecta en una divinidad que adquiere proporciones sobrehumanas e ideales; frente a la naturaleza que actúa en forma fatal, ante la fórmula mágica o ante la ley natural, el religioso sabe que necesita de otra voluntad: la voluntad divina.

Todo pueblo que ha alcanzado cierto grado de desarrollo cultural personaliza en los dioses sus sentimientos religiosos, encuentra que el dios tiene siempre ciertas características comunes con el héroe. Para cada fuerza, y a veces para cada aspecto de una fuerza natural, se crea un dios personal (politeísmo).²¹

Existen, en la rica documentación indígena, tradiciones y leyendas acerca de mitos e ideas religiosas, que provienen al menos de dos milenios de cultura en el México antiguo, y que son testimonio del alto grado de desarrollo de la cultura y de la religión de los pueblos prehispánicos.

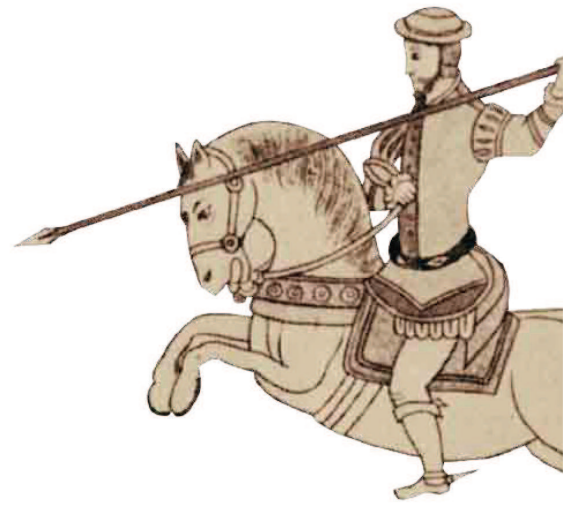
Quizá ningún testimonio acerca de la profunda estimación en que tenían los antiguos mexicanos a sus doctrinas religiosas, sea tan elocuente como la respuesta que dieron algunos sacerdotes y sabios mexicanos a los primeros doce franciscanos que llegaron a la Nueva España, en un célebre diálogo que data de 1524, desarrollado en el convento de San Francisco de la ciudad de México, según el texto de fray Bernardino de Sahagún que cita Miguel León Portilla.

²¹ Cfr. Alfonso Caso, *EL Pueblo del Sol*, pp. 11,12,13.

Después de haber oído la predicación acerca de un Dios único, señor del cielo y de la tierra, al que, según los misioneros, los indios desconocían, uno de los antiguos sacerdotes tomando la palabra respondió:

Vosotros dijisteis
que nosotros no conocemos
al dueño de la cercanía y la proximidad,
a aquel de quien son los cielos y la tierra.
Dijisteis
que no eran verdaderos nuestros dioses.
Nueva palabra es ésta,
la que habláis.
Por ella estamos perturbados,
por ella estamos molestos.
Porque nuestros progenitores,
los que han sido,
los que han vivido sobre la tierra,
no solían hablar así.
Ellos nos dieron
sus normas de vida,
ellos tenían por verdaderos,
daban culto,
honraban a los dioses.
Ellos nos estuvieron enseñando
todas sus formas de culto,
todos sus modos de honrar a los dioses...
pero, si como vosotros dijisteis,
ya nuestros dioses han muerto,





dejadnos pues ya morir,
dejadnos ya perecer,
puesto que ya nuestros dioses han
muerto.²²

La respuesta dada por los sabios indígenas es uno de los mejores testimonios de la existencia operante del saber teológico de los antiguos nahuas, y constituye una de las últimas expresiones que dejan entrever el trauma que debió producirse como consecuencia del choque del mundo espiritual de los antiguos mexicanos con el pensamiento y la fe religiosa de los europeos.²³

RELIGIÓN DE LA POBLACIÓN DE ZINACANTEPEC

En los centros ceremoniales de Teotenango, Calixtlahuaca, Malinalco y en las relaciones de la cultura otomí, matlatzinca y mexica se han encontrado distintas deidades. En Teotenango se han encontrado esculturas que se relacionan con el culto a Quetzalcóatl, especialmente lápidas o relieves con símbolos florales y ojos venusinos, el triángulo y el rectángulo entrelazados (símbolo del señor de año), el *cozcacuahli* o zopilote real, con cuerpo de mariposa, serpiente y jaguar que recuerdan el estilo artístico de Xochicalco, donde se creó el culto a esa deidad. Esto se entiende porque Teotenango, como en todos los pueblos del valle Matlatzinca, comenzaron con una sociedad religiosa heredera de los rasgos culturales del último periodo de Teotihuacán.

Para entonces, los matlatzincas tendrían otros cultos y deidades, de las cuales se menciona al dios Coltin, Tolotzin o Tolo, que se adoraba en Toluca, conocido también como Tocoltzin, Cuecutzin o Quequex, relacionado con el sol y el fuego, tal vez el mismo dios del fuego de los



²² Miguel León Portilla, *La religión en el México antiguo*, pp. 84, 85.

²³ *Ibid.*

otomíes, que era Otonteuetli; así como a un dios que fue llevado por los mexicas a Tenochtitlan, cuando conquistaron Toluca, y del cual Torquemada nos dice que al fin del mes *quechollí*: “hacían fiesta al dios Tlamatzincatl, dios de los Tlamatzincas, que viven en el valle de Toluca, nueve leguas de esta ciudad de México [...] le hacían fiesta y le ofrecían ofrendas y sacrificios [...] de hombres cautivos”.²⁴ Mientras que fray Bernardino de Sahagún apuntó al respecto que: “Estos Tolucas, y por otro nombre matlatzincas, eran muy maléficós, porque usaban de hechicerías. Su ídolo de estos Tolucas era llamado Coltzin. Haciéndose muchas maneras de fiestas y honras [...] y cuando hacían sacrificio de alguna persona la estrujaban retorciéndola con costales puestos a manera de red”.²⁵

Bajo el dominio mexica hubo, sin duda alguna, cambios en la religión y cierto sincretismo, pues el dios Tlamatzincatl, que se relacionaba con la caza, fue llevado a Tenochtitlan y equiparado con Mixcóatl; algo similar se dice de Coltzin, cuya imagen fue también trasladada a esa metrópoli; y en Calixtlahuaca se encontró una escultura de Ehécatl, dios del viento, en el templo circular, y también una escultura de la diosa Coatlicue; en Chalma se veneraba a Oztoctéotl, dios de la cueva, cuyas ofrendas consistían en: “olores, sacrificios de niños y animales en cajetes de piedra”²⁶ y en Tenancingo se han encontrado esculturas de otras deidades mexicas.²⁷

En las lagunas del Nevado de Toluca se adoraba a Tláloc, y se han encontrado ofrendas y testimonios en cerámica. Por lo general, los centros ceremoniales o ciudades tenían juegos de pelota y construcciones religiosas con un cuerpo de sacerdotes bien organizado, poseedor de los conocimientos de la época, dedicado al ritual de los dioses en las plazas, templos y altares. En estos edificios, los sacerdotes ventilaban los asuntos

²⁴ R. Piña Chan, *op. cit.*, p. 562.

²⁵ *Ibid.*, p. 561-562.

²⁶ *Ibid.*, p. 563.

²⁷ *Idem.*

Ehécatl-Quetzalcóatl
de Calixtlahuaca.

religiosos, los cultos y las festividades, como se ve en Teotenango, Calixtlahuaca y Malinalco.

El dios del viento Ehécatl-Quetzalcóatl encontrado en Calixtlahuaca lleva un braguero o *maxtlatl*, sandalias y una máscara bucal en forma de pico de ave, tal como se representaba al dios entre los mexicas.

En Malinalco existen construcciones correspondientes al período del dominio mexica, aunque tal vez haya estructuras matlatzincas en el propio cerro no exploradas; entre los edificios más importantes está la casa de los caballeros águila y tigre.

El templo está excavado en la roca, de planta circular y con una entrada que mira al sur, enmarcada por una gran cabeza de serpiente con colmillos salientes en la parte superior y lengua bífida tallada en el suelo. Ahí, en una banca, se encuentran esculturas y relieves de la piel de un ocelote o jaguar al centro, dos pieles de águila a los lados y en el centro del templo, sobre el piso, descansa otra piel de águila con las alas desplegadas.

El topónimo Zinacantanpetl, Cerro del Murciélago, se utiliza en la región porque el murciélago fue un animal emblemático, asociado al sacrificio; así lo encontramos representado en códices y vasijas de tradición maya, además de mencionarse en un mito asociado con Quetzalcóatl, inscrito en el *Códice Magliabechiano*, en donde los dioses encargan al murciélago morder a la diosa Xochiquetzal; el mito parece asociarse con el valor de las tierras fértiles y floridas del pueblo, emblemas que se plasmaron en la pila bautismal del siglo XVI, en la que se aprecian vírgulas, roleos, pájaros y flores hechas a la manera indígena.

El arqueólogo Francisco Rivas Castro llama nuestra atención sobre la escultura que representa a un hombre con braguero y cabeza de





Hombre murciélago
de Miraflores.
Cortesía INAH.

Panhuehuatl de
Teotenango.

Tlalpanhuehuatl de
Malinalco.

murciélago, hecho en cerámica, de tamaño natural, que proviene del sitio de Miraflores, Estado de México. En esta escultura se une el concepto hombre-animal emblemático, el murciélago. Recuerda, de cierto modo, la excelente escultura del Ehécatl de Calixtlahuaca. Probablemente el culto y los rituales a una deidad murciélago, en el contexto de la cultura otomí, mazahua o matlatzínca, tuvo que ver con la fertilidad de las tierras del valle de Toluca.

Por otra parte, es indudable que quienes practicaban el autosacrificio –como sacarse sangre de las orejas, naris, y lengua–, el sacrificio humano –por medio de redes, el descuartizamiento y, tal vez, arrancando el corazón–, los ayunos y antropofagia ritual, lo hacían acompañados por la música y la danza, como complemento indispensable en las fiestas y ceremonias religiosas. Ello tiene su registro histórico en algunos objetos arqueológicos recuperados, entre ellos: panhuehuetles, chirimías o flautas, sonajas, ocarinas y otros más.

El tambor musical de Malinalco, tlapanhuehuatl, tiene en la mitad superior la representación de un águila con las alas desplegadas, de cuyo pico sale una cabeza humana, tal vez simbolizando al Sol; luego vienen las representaciones de un ocelote o jaguar y de un águila, con símbolos de guerra colgados a cada lado del motivo central, a continuación se ven los jeroglíficos del Nahuí Ollín, o sol de movimiento (Cuatro Temblor o Quinto Sol). En la parte de abajo, separados por una franja de serpientes entrelazadas, hay representaciones de otros jaguares y águilas.²⁸

LA RELIGIÓN AZTECA IMPUESTA A LA POBLACIÓN DE ZINACANTEPEC

En el momento de la conquista de Zinacantepec, el pueblo Mexica tenía una religión politeísta basada en la adoración de una multitud de dioses

²⁸ R. Piña Chan, *op. cit.*, p. 565.



con atribuciones bien definidas. Sin embargo, la magia también cumplía un gran papel en el pueblo.

Los mexicas adoptaron los dioses de los pueblos conquistados, considerándolos como dioses que habían heredado de las grandes civilizaciones que les habían precedido y de los que derivaban su cultura.

Sólo Huitzilopochtli, el dios propio de la tribu azteca, y las otras deidades asociadas con él en los mitos mexicas, seguían una marcha en sentido inverso, sostenidos por el orgullo mexica. Este dios figura entre los que crearon el mundo, colocándose en un lugar semejante al que tenían los tradicionales dioses toltecas y teotihuacanos.

Se pensaba que el origen de todas las cosas tenía un principio dual, masculino y femenino, que había engendrado a los dioses, al mundo y a los hombres, y en ciertos filósofos, como el rey Netzahualcóyotl, aparece ya la idea de la adoración preferente a un dios invisible, que no se puede representar, llamado Tloque Nahuaque, el dios del cerca y del junto o Ipalnemohuani, el dios de la inmediata vecindad, aquel por quien todos viven.

LA CREACIÓN DE LOS DIOS Y OTRAS DEIDADES AZTECAS

Del doble principio creador, masculino y femenino, provienen por generación los otros dioses; los nombres de este dueto sagrado indican esta dualidad: Ometecutli, Dos Señor, y Omecihuatl, Dos Señora; ambos residen en Omeyacan, el lugar dos. También eran llamados Tonacatecutli y Tonacacihuatl. Tuvieron cuatro hijos a los que encomendaron la creación de los otros dioses, del mundo y de los hombres:

- Tezcatlipoca rojo, llamado también Xipe y Camaxtle.
- Tezcatlipoca negro.

- Quetzalcóatl, dios del aire y de la vida. Conocido también como Ehécatl, Tlahuiscalpantecutti, Xolotl y Ce acatl.
- Huitzilopochtli, el Tezcatlipoca azul, el Sol.

Otros dioses del panteón azteca eran:

- Coatlicue, la vieja diosa de la Tierra.
- Coyolxauhqui, la luna, Meztli.
- Centzonhuitznáhuac, las estrellas.
- Mictlantecutli, el señor de los infiernos.
- Xiuhtecutli, dios del fuego.
- Huehuetéotl, el dios viejo.
- Nezahualpilli, patrono de los príncipes.
- Iztlacoliuhqui, el señor del frío y del hielo.
- Tláloc, el que hace brotar, dios de las lluvias y del rayo.
- Chalchiuhtlicue, hermana de Tláloc, diosa del mar y de los lagos.
- Xochiquetzal, diosa de las flores y del amor y esposa de Tláloc. También es patrona de las labores domésticas.
- Mixcoatl, la serpiente de nube, dios estelar como Tlahuizcalpantecuhtl. Los Tzitzimime o Tzontémoc, son los planetas.
- Chicomecoatl, 7-serpiente, diosa de la vegetación, de los mantenimientos.
- Centéotl, dios del maíz.
- Xochipilli, príncipe de las flores, patrón de los bailes, de los juegos, del amor y representante del verano.
- Mayáhuel, la diosa de los cuatrocientos pechos, la diosa del maguey, del pulque. Tenía cuatrocientos hijos, los Centzon Totochtin, los cuatrocientos o innumerables dioses de la embriaguez.
- Patécatl, esposo de Mayáhuel.

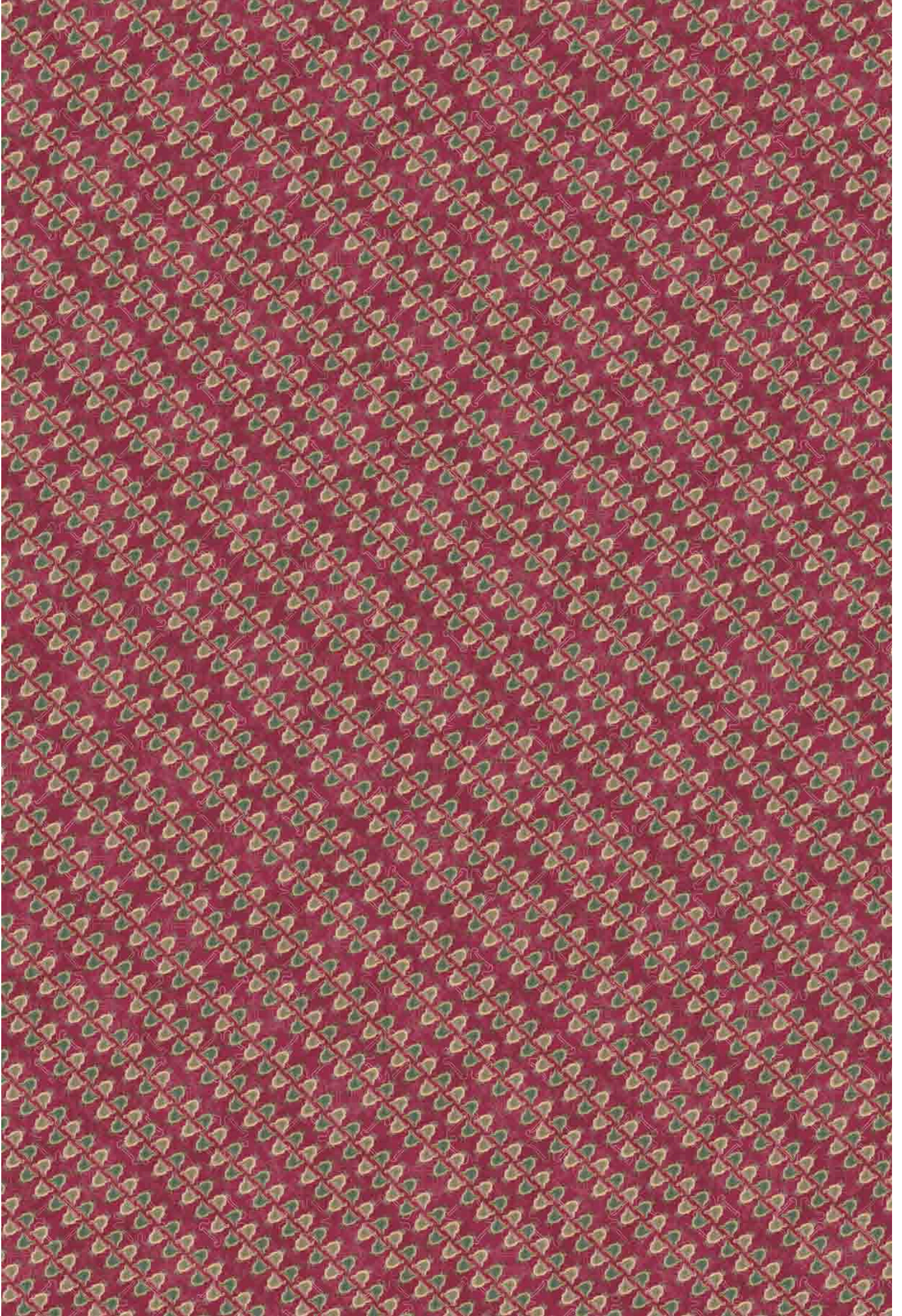


- Xipe-Tótec, nuestro señor el desollado, dios de la primavera y de los joyeros.
- Tlatecutli, el señor de la tierra.
- Coatlicue, Cihuacóatl y Tlazoltéotl, diosas de la tierra.
- Tonantzin la madre de los dioses, nuestra abuela.²⁹

En la religión del pueblo de Zinacantepec en la época prehispánica se encuentran deidades tanto autóctonas otomías como las que les impusieron sus conquistadores aztecas y fueron contra los que combatieron los frailes franciscanos que los evangelizaron.

Posiblemente al culto de algunas de estas deidades se superpuso al de algunos santos de la iglesia católica cristiana, como el de Chalchiuhtlicue con el de la Virgen del Rayo y el de Tonatzin con el de la Virgen María.

²⁹ A. Caso, *op. cit.*, p. 12.







EL **CONVENTO**
FRANCISCANO
DE ZINACANTEPEC
DEL **SIGLO XVI**

LA EVANGELIZACIÓN

La evangelización fue la justificación espiritual de la Conquista. En 1493, el papa otorgó a los Reyes Católicos la posesión del Nuevo Mundo, a cambio de que la Corona española se encargara de la cristianización de los indios y se comprometiera a patrocinar la empresa misionera, adquiriendo el derecho de designar religiosos y autorizar la edificación de iglesias, conventos y hospitales. La iglesia americana dependió más del rey que del papa. Al principio, la evangelización se encomendó a frailes de las órdenes franciscana, dominica y agustina.

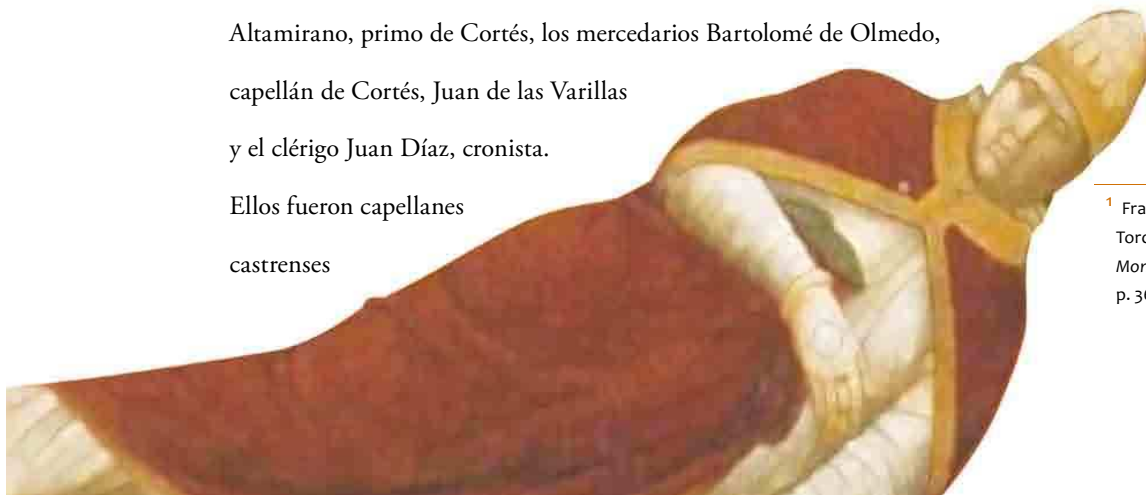
LOS PRIMEROS PADRES DE LA IGLESIA EN LA NUEVA ESPAÑA

Cristóbal Colón, en su segundo viaje a América, vino acompañado por los frailes Bernardo Boil, vicario apostólico, Juan de la Duela, Juan de Tisin y Ramón Pané, quienes evangelizaron la isla La Española. Ahí, el 6 de enero de 1494, se celebró la primera misa en el Nuevo Mundo y se estableció la vicaría franciscana para evangelizar las Antillas.

La primera misa en territorio mexicano la celebró uno de los sacerdotes que acompañaban a Hernán Cortés, en la isla de Cozumel, el día 25 de febrero de 1519.¹

Los primeros sacerdotes en llegar a México acompañaban a Hernán Cortés y fueron los franciscanos fray Pedro Melgarejo y fray Diego Altamirano, primo de Cortés, los mercedarios Bartolomé de Olmedo, capellán de Cortés, Juan de las Varillas y el clérigo Juan Díaz, cronista. Ellos fueron capellanes castrenses

¹ Fray Juan De Torquemada, *Monarquía indiana*, p. 368.





Giotto, *El sueño del Papa Inocencio III.*

al servicio pastoral de los soldados, así se puede considerar que el primer anuncio del evangelio a los indígenas de México fue hecho por el mismo Cortés, sus capitanes y soldados.

En 1523, con licencia del emperador, tres franciscanos belgas vinieron a América a iniciar la evangelización. Artemio del Valle Arizpe los llamó “los tres lirios de Flandes” y fueron fray Juan de Tecto (Johann Dekkers), guardián del convento de Gante; fray Juan de Aora (Johann van der Auwera), y el hermano lego Pedro de Gante (Peter van der Moere), pariente de Carlos I. Se instalaron en Texcoco, pues México estaba en reconstrucción, y se dedicaron a aprender el idioma.

Si bien los franciscanos sabían cómo predicar el evangelio y difundir la doctrina cristiana, pues ya lo habían hecho en las Antillas, en México, al no conocer la lengua, la tarea resultó más difícil. Diego Muñoz Camargo escribe en su *Historia de Tlaxcala*:

Diremos de la grande admiración que los naturales tuvieron cuando vinieron estos religiosos y cómo comenzaron a predicar el santísimo y sagrado evangelio de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Como no sabían la lengua, no decían sino que en el infierno, señalando la parte baja de la tierra con la mano, había fuego, sapos y culebras; y acabando de decir esto, elevaban los ojos al cielo, diciendo que un solo Dios estaba arriba, así mismo apuntando con la mano.²

La experiencia evangelizadora de los franciscanos no era nueva, se inició cuando el papa Inocencio III soñó que la iglesia y San Juan de Letrán se derrumbaban y autorizó, en 1203, al pobre de Asís, Francisco, a establecer su orden.

Francisco difundió el evangelio de Cristo como en los primeros tiempos del cristianismo; reunió a los primeros doce frailes y con ellos

² Rodolfo Uribe Ruiz, *Apuntes de su curso de arte de México*, p. 20.



inició su apostolado. Los frailes aceptaron la regla de su congregación, la cual establecía vivir en pobreza, obediencia y castidad y predicar el evangelio.

Los franciscanos evangelizaron en Italia, otros países europeos y también fueron al Medio Oriente. Francisco viajó a Tierra Santa y otros frailes partieron hacia tierras no cristianas a llevar el evangelio, en donde padecieron sufrimientos, el martirio y la muerte.

En la Nueva España, los primeros franciscanos recorrieron con Hernán Cortés gran parte del territorio conquistado. Fray Juan de Tecto y fray Juan de Aora murieron en la triste expedición de Cortés a las Hibueras. Tecto murió de hambre, según fray Gerónimo de Mendieta, “arimándose a un árbol de pura flaqueza”; y fray Juan de Aora a los pocos días de su regreso a México. Fray Pedro de Gante estaba en Texcoco aprendiendo la lengua y enseñando a los indígenas. Falleció en 1572 y se inhumó en la capilla de San José de los Naturales.

Los primeros comisionados de la Santa Sede para venir a México fueron dos franciscanos: el flamenco fray Juan Clapión, que había sido confesor, del emperador y fray Francisco de los Ángeles Quiñones, a quienes León X les había dado amplias facultades (Bula del 25 de abril de 1521) para predicar, bautizar, confesar, absolver de excomunión, etcétera.³ Muerto el Papa, su sucesor Adriano VI, quien había sido maestro del emperador, confirmó lo dispuesto por León X (Bula del 9 de mayo de 1522) y con esto, el emperador decide también que sean franciscanos los primeros misioneros de la Nueva España.⁴

Pero fray Juan Clapión murió antes de embarcarse y a fray Francisco de los Ángeles Quiñones se le eligió, en 1523, general de la orden franciscana y después cardenal. Lo primero que hizo fue elegir a

Giotto, *Confirmación de la orden.*

³ Fray Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, pp. 186-187.

⁴ *Ibid.*, p. 192.

Fray Martín
de Valencia en
Tlalmanalco.

doce apóstoles, los ruisiñores de Jesucristo, que habían de realizar la expedición evangélica a México en 1524.

Fray Francisco de los Ángeles eligió para dirigir la misión a fray Martín de Valencia, quien era superior de la provincia franciscana de San Gabriel. Fray Gerónimo de Mendieta escribe:

Contentóle en este varón de Dios la madurez de su edad, la gravedad y serenidad de su rostro, la aspereza de su hábito, junto con el desprecio que mostraba de sí mismo, la reportación de sus palabras, y sobre todo, el espíritu de dentro le decía; 'éste es el que buscabas y has menester'; porque realmente en aquel, sobre tantos y tan excelentes varones, se le representó el retrato del espíritu ferviente de San Francisco.⁵

Fray Francisco de los Ángeles Quiñones mandó a fray Martín de Valencia, en el capítulo reunido en Belvis, a elegir bien a sus compañeros, que pasarían a evangelizar a los indígenas de la Nueva España. Los doce ruisiñores de Jesucristo que envió el padre Quiñones fueron: Martín de Valencia, Francisco de Soto, Martín de Jesús o de la Coruña, Juan Suárez,



⁵ *Ibid.*, pp. 197-198.

Antonio de Ciudad Rodrigo, Toribio de Benavente (Motolinía), García de Cisneros, Luis de Fuensalida, Juan de Ribas, Francisco Jiménez y los frailes legos Andrés de Córdoba y Juan de Palos. Ellos deben considerarse como los padres de la Iglesia mexicana.

Reunidos los doce sacerdotes, el padre Quiñones les dio una instrucción escrita para la evangelización de los indígenas. Fray Gerónimo de Mendieta escribe que el padre superior les expresó: “Vuestro cuidado no ha de ser guardar ceremonias ni ordenaciones, sino es la guarda del Evangelio y Regla que prometisteis [...] pues vais a plantar el Evangelio en los corazones de aquellos infieles, mirad que vuestra vida y conversación no se aparten de él”.⁶

En octubre de 1523, los doce estuvieron reunidos con el general de la orden en el convento de Santa María de los Ángeles. El 30 de octubre les dio la “patente y obediencia” con que habían de partir, pidiéndoles buscar las almas de los naturales de la tierra por Jesucristo y viviendo en muy alta pobreza.

El 25 de enero de 1524, los doce apóstoles franciscanos partieron de Sanlúcar de Barrameda; luego de 27 días de navegación llegaron a Puerto Rico, permanecieron seis semanas en Santo Domingo y llegaron a San Juan de Ulúa el 13 de mayo.

Cerca de México, Hernán Cortés los recibió, mientras que los indígenas se admiraban sobremanera al ver a los españoles más grandes y poderosos besando de rodillas los hábitos y honrando con tanta reverencia a aquellos otros tan pequeños y miserables, pues venían, como dice Bernal, “descalzos y flacos y los hábitos rotos, y no llevaban caballos sino a pie, y muy amarillos”.⁷ Y añade que desde entonces tomaron ejemplo todos los indios. La entrada de los doce en México, el 17 de junio de 1524, fue una



⁶ *Ibid.*, p. 200.

⁷ Bernal Díaz Del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, t. III, cap. CLXXI, p. 177.

fecha tan memorable para los indios que, según cuenta Motolinía, a ella se refieren diciendo “el año que vino nuestro Señor; el año que vino la fe”.⁸

LA EVANGELIZACIÓN DEL VIRREINATO EN EL SIGLO XVI

Al haber sido los primeros misioneros en llegar a México, los franciscanos abarcaron los más extensos territorios y trabajos con los más variados grupos indígenas, actividades que los obligaron a dominar diversas lenguas, componer gramáticas y vocabularios, traducir textos bíblicos e idiomas nativos y a utilizar técnicas de escritura (catecismos pictográficos) completamente diferentes de los europeos.

A su paso por las distintas regiones de México dejaron una huella bien marcada que, a casi cinco siglos de distancia, el viajero puede aún reconocer en las monumentales construcciones conventuales, en las peculiares devociones religiosas y en diversas manifestaciones del arte popular.

Los dominicos, por su parte, salieron de Europa al mismo tiempo que los franciscanos –también fueron doce frailes, pues simbolizaban a los apóstoles–; se detuvieron por dos años en la isla Española hasta la llegada de fray Tomás Ortiz, llegaron a la Nueva España el 23 de junio de 1526 y los franciscanos les dieron hospitalidad en su convento. Fray Domingo de Betanzos misionó en la parte oriente del Estado de México.

Los agustinos llegaron a la Nueva España en 1533 e iniciaron su misión evangelizadora y aventajaron a los dominicos. Los españoles vieron que eran muchos misioneros y la Audiencia opinó que no debían de establecerse en la ciudad de México, no obstante así lo hicieron.

Los franciscanos decidieron evangelizar las regiones de México, Texcoco, Tlaxcala y Huejotzingo y de esos puntos repartirse el territorio que se iba conquistando.

⁸ Toribio de Benavente, Motolinía, *Historia de los Indios de la Nueva España*, p. 194.

Los evangelizadores se organizaron con un general de la orden, nombrado por el rey y el superior general, y dos comisarios, uno para la Nueva España (españoles) y otro para los indios.

El territorio de los franciscanos se dividía en: provincias, custodias, guardianías, doctrinas y visitas. Los dominicos y agustinos en: provincias, prioratos y doctrinas no priorales. A mediados del siglo XVI había 802 frailes: 380 eran franciscanos, 210 eran dominicos y 212 agustinos. Después llegaron otras órdenes religiosas, como los jesuitas en 1572, los carmelitas en 1585 y los mercedarios en 1593.

Los misioneros lograron la evangelización, entre otras cosas, por la vida que siguieron entre los millones de indígenas quienes llegaron a verlos como ejemplo. Robert Ricard nos dice:

Los misioneros de México parecen como dominados por la obsesión de dar ejemplo, de enseñar y predicar por el ejemplo.

Ejemplo de oración, ante todo, para que los indios, dados a la imitación, se llegasen a Dios.

Ejemplo de penitencia y austeridad, escribirá Zumárraga que fray Martín de Valencia 'se nos murió de pura penitencia' no era él una excepción: las fatigas y privaciones fueron la causa de la gran mortalidad de los dominicos, obligados en el sur a recorrer un inmenso territorio: Y como los religiosos de esta orden de Santo Domingo no comen carne y andan a pie, es intolerante el trabajo que pasan y así viven poco, escribía el virrey Luis de Velasco al príncipe Felipe en 1554 [...] y lo mismo pasaba con los agustinos, como fray Juan Bautista de Moya o el increíblemente penitente fray Antonio de Roa.

Ejemplo de pobreza, los religiosos de las tres órdenes se opusieron abiertamente a que los indios pagaran el diezmo, para que no imaginaran que los misioneros habían venido en busca de su personal provecho. Ellos querían



vivir pobres como los indios, pues éstos, en su mayoría, ignoraban la codicia y llevaban una vida durísima o miserable.

De ahí, quizá más que de sus beneficios, nació la honda veneración y amor que les tuvieron: ‘los religiosos casi son adorados de los indios’, pudo escribir sin exagerar Suárez de Peralta (*Noticias históricas de la Nueva España*, Madrid 1878, cp. VII, 65). Y esto era así para los indios ‘fueran los que fueran sus misioneros, franciscanos, agustinos o dominicos’.

Éstas eran las admirables y excelsas virtudes de tantos de los fundadores de la iglesia en la Nueva España. Y tal es la llave que abre las almas; sin ella, todo apostolado viene a parar en inmediato y definitivo fracaso, o se queda apenas en frágil y engañadora apariencia.⁹

Carlos Chanfón Olmos nos proporciona una interesante cita de fray Bartolomé de las Casas en relación al sistema de evangelización:

“la Providencia Divina estableció para todo el mundo y para todos los tiempos, un solo y único modo de enseñarles a los hombres, la verdadera religión, a saber: la persuasión del entendimiento por medio de razones y la invitación y suave noción de la voluntad”. Menciona también el resumen que se hace de los principios del humanismo cristiano que fray Bartolomé de las Casas estableció para la evangelización:

1. Los oyentes deben entender que los predicadores no tienen intención de adquirir dominio sobre ellos.
2. Los oyentes deben quedar convencidos de que ninguna ambición de riqueza mueve a los predicadores.
3. Los predicadores deben ser dulces y humildes, afables y apacibles, amables y benévulos al hablar y conversar con sus oyentes y principalmente con los infieles para que hagan nacer en ellos la voluntad de oírlos gustosamente y tener su doctrina en mayor reverencia.

⁹ Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*, pp. 224, 228.



4. Los predicadores deben sentir el mismo amor y caridad por la humanidad que los que movieron a San Pablo, permitiéndole llevar a cabo sus trabajos.
5. Los predicadores deben llevar vidas tan ejemplares, que sea evidente para todos que su predicación es santa y justa.¹⁰

Doce primeros evangelizadores en la Nueva España. Huejotzingo.

Para comprender la razón de ser de los conventos mexicanos es necesario aludir al fenómeno de la evangelización. Evangelizar significa etimológicamente “propagar la buena nueva” y tradicionalmente se ha referido este apelativo a la difusión de los principios fundamentales del cristianismo.¹¹

La fuente de poder de los frailes mendicantes eran los privilegios autocráticos acordados por el Patronato Real de la Iglesia en América. Como se ha expresado, el papado había concedido privilegios especiales a la Corona española, incluyendo la recolección del diezmo y el derecho a proponer o designar a los candidatos para todos los beneficios eclesiásticos en las colonias de América.

Gracias a la insistencia de Cortés, la Corona eligió a los mendicantes para desempeñar esta misión. Por dispensa especial, en el siglo XVI se permitió que miembros del clero regular fueran investidos

¹⁰ Carlos Chanfón Olmos, coord., *Historia de la arquitectura y el urbanismo mexicanos*, vol. II El periodo virreinal, p. 85.

¹¹ *Ibid.*, p. 285.



como sacerdotes parroquiales. Las órdenes mendicantes ejercían la autoridad religiosa total.

Los doce franciscanos y otros frailes guardaban íntima relación con las *observantías strictissimae*, los Doce Ruseñores de fray Francisco Quiñones, cardenal de Santa Cruz, representaban el programa del cardenal Cisneros y, más adelante, otros misioneros, encabezados por fray Juan de Zumárraga, representaron en México el pensamiento de los humanistas del norte de Europa y la filosofía cristiana encabezada por Erasmo de Rotterdam. Zumárraga acordó la impresión en México de la *Utopía* de Tomás Moro y del *Epigrammata* de Erasmo.

Fray Martín de Valencia, fray Juan de Zumárraga y el abogado humanista Vasco de Quiroga trajeron a la Nueva España las teorías sociales y religiosas idealistas de su tiempo, cuyo pensamiento religioso coincidía con el afán de San Francisco de Asís y los primeros apóstoles franciscanos de propagar la doctrina del cristianismo primitivo.

Los intelectuales de la colonización de México conocían las más novedosas ideas sociales y religiosas de su época en España y constituyeron el *avant garde* espiritual del renacimiento tardío en América.¹²

PRIMEROS DIÁLOGOS Y PREDICACIONES

José María Iraburu nos dice que en un códice de la biblioteca vaticana, el *Libro de los coloquios y la Doctrina cristiana*, compuesto en náhuatl y castellano por fray Bernardino de Sahagún se refieren todos los diálogos, confabulaciones y sermones que hubo entre los doce religiosos y los principales señores y sátrapas de los indios, hasta que se rindieron a la fe católica.

El libro constaba de treinta capítulos y de él se conservan catorce. En los primeros cinco capítulos se recoge la exposición primera de la fe en Dios, en

¹² George Kubler, *Arquitectura mexicana del siglo XVI*, pp. 25, 26.



Cristo y en la Iglesia, así como la vanidad total de los ídolos. La respuesta de los indios principales, en los capítulos seis y siete, fue triste y cortés:

Señores nuestros, seáis muy bienvenidos; gozamos de vuestra venida, todos somos vuestros siervos, todo nos parece cosa celestial [...] en cuanto al nuevo mensaje religioso nosotros, que somos bajos y de poco saber, ¿qué podemos decir? [...] no nos parece cosa justa que las costumbres y ritos que nuestros antepasados nos dejaron, y que tuvieron por buenas y guardaron, nosotros, con liviandad, las desamparemos y destruyamos. Mirad que no incurramos en la ira de nuestros dioses, mirad que no se levante contra nosotros la gente popular si les dijéramos que no son dioses los que hasta aquí siempre han tenido por tales. Lo que los frailes les han expuesto, en modo alguno les ha persuadido. De una manera sentimos todos: que basta haber perdido, basta que nos han tomado la potencia y jurisdicción real. En lo que toca a nuestros dioses, antes moriremos que dejar su servicio y adoración. Hablaban así con gran pena, pero con toda sinceridad.¹³

Tras esta declaración, los misioneros reiteraban sus argumentos, y al día siguiente, según los capítulos del nueve al catorce, hicieron una exposición positiva de la doctrina bíblica.

De lo que sigue sólo se conservan los títulos. El libro 26 contiene “la plática que los señores y sátrapas hicieron delante de los Doce, dándoles a entender que estaban satisfechos de todo lo que habían oído y que les agradaba mucho la ley de nuestro señor Dios”.

Finalmente, se llegó a los bautismos y matrimonios. Y a continuación los frailes “se despidieron de los bautizados para ir a predicar a las otras provincias de la Nueva España”. Éste debió ser el esquema general de las evangelizaciones posteriores.

Estos frailes, sin la dura arrogancia de los primeros conquistadores, se ganaron el afecto y la confianza de los indios, que veían con admiración

¹³ José María Iraburu, *Hechos de los apóstoles en América*, p.116. Y Lino Gómez Canedo, *Aspectos característicos de la acción franciscana en América*, pp. 103, 104 y 105.



el modo de vivir de los frailes: descalzos, con un viejo sayal, durmiendo sobre un petate, comiendo como ellos su tortilla de maíz y chile, viviendo en casas bajas y pobres. Veían también su honestidad, su laboriosidad infatigable, el trato a un tiempo firme y amoroso que tenían con ellos, los trabajos que se tomaban por enseñarles y también por defenderles de aquellos españoles que les hacían agravios.

Con todo esto, según dice Motolinía, los indios llegaron a querer tanto a sus frailes que al obispo Ramírez, presidente de la II Audiencia, le pidieron que no les diese otros “sino los de San Francisco, porque los conocían y amaban, y eran de ellos amados”. Y cuando él les preguntó la causa, respondieron: “Porque éstos andan pobres y descalzos como nosotros, comen de lo que nosotros, asíéntanse entre nosotros y conversan entre nosotros mansamente”.¹⁴

LENGUA, CATEQUESIS Y LIBROS

Lo primero que se propusieron los frailes fue aprender la lengua, pues apenas era posible la educación y la evangelización de los indios. Y los mismos niños les ayudaron mucho a los frailes, pues éstos, refiere Mendieta:

Dejando a ratos la gravedad de sus personas, se ponían a jugar con ellos con pajuelas o pedrezuelas el rato que les daban de huelga, para quitarles el empacho con la comunicación, y siempre tenían a mano un papel para ir anotando las palabras aprendidas y así fueron formando un vocabulario y aprendiendo a expresarse mal o bien.¹⁵

A medida que aprendían las lenguas indígenas, con tanta rapidez como trabajo, se iba potenciando la acción evangelizadora. Después que los frailes vinieron a esta tierra, dice Motolinía, dentro de medio año comenzaron a predicar, a las veces por intérprete y otras por escrito:

¹⁴ J.M. Iraburu, *op. cit.*, p. 104

¹⁵ G. de Mendieta, *op. cit.*, p. 221.

Al principio, para darles sabor, enseñáronles el *Per signum Crucis*, el *Pater Noster*, Ave María, Credo, Salve, todo cantado de un canto muy llano y gracioso. Sacáronles en su propia lengua anáhuac, 'náhuatl', los mandamientos en metro y los artículos de la fe, y los sacramentos también cantados. En algunos monasterios se ayuntan dos y tres lenguas diversas, y fraile hay que predica en tres lenguas diferentes.¹⁶

Los misioneros prestaron un inmenso servicio a la conservación de las lenguas indígenas. Juan Pablo II lo consignó en un discurso dirigido a los obispos de América:

Testimonio parcial de esa actividad es, en el sólo (*sic*) período de 1524 a 1572, las 109 obras de bibliografía indígena que se conservan, además de otras muchas perdidas o no impresas. Se trata de vocabularios, sermones, catecismos, libros de piedad y de otro tipo, escritos en náhuatl o mexicano, en tarasco, en totonaco, otomí y matlazincas (Santo Domingo 12-10-1984).

Los catecismos en lenguas indígenas de México comenzaron muy pronto a componerse y publicarse. Además del compuesto por fray Pedro de Gante, se puede recordar *La doctrina cristiana breve* (1546), de fray Alonso de Molina, y *La doctrina cristiana* (1548) del dominico Pedro de Córdoba. Algunos frailes usaron en la predicación y catequesis

Un modo muy provechoso para los indios por ser conforme al uso que ellos tenían de tratar todas sus cosas por pintura. Hacían pintar en un lienzo los artículos de la fe, y en otro los diez mandamientos de Dios, y en otro los siete sacramentos, y lo demás que querían de la doctrina cristiana, y señalando con una vara, les iban declarando las distintas materias.¹⁷

Los franciscanos fueron los que escribieron las primeras doctrinas en lenguas nativas, la primera por fray Pedro de Gante, en náhuatl, que fue de uso general, por lo menos hasta 1539, año en que apareció la



Doctrina cristiana y Vocabulario. Siglo XVI.

¹⁶ T.B. Motolinía, *op. cit.*, p. 84.

¹⁷ G. de Mendieta, *op. cit.*, p. 247.



primera de las mandadas a imprimir por Zumárraga; desde entonces siguieron escribiendo doctrinas, gramáticas, vocabularios y otra clase de libros no sólo en náhuatl o mexicano, sino en tarasco, maya, matlatzinca y otomí. Según la lista publicada por Robert Ricard de las obras en lenguas indígenas o relativas a las mismas realizadas entre 1524 y 1572 en México, 80 fueron escritas por franciscanos, 17 por dominicos y 8 por agustinos.¹⁸

Por lo que toca a la historia de la cultura prehispánica, fray Bernardino de Sahagún es la figura cumbre; resultan también indispensables la *Relación de Yucatán*, de fray Diego de Landa y la *Relación de Michoacán*, debida a fray Diego de Basalenque.

Incluso, sabemos que los mexicanos amaban el teatro, pues en sus ceremonias religiosas abundaban los cantos y las danzas. Los misioneros, que tenían tradición en este campo, no dudaron de valerse de tales medios para la labor evangelizadora.

Los franciscanos utilizaron un resumen de la doctrina cristiana que fray Luis de Fuensalida y fray Francisco Jiménez, al medio año de su llegada, redactaron en náhuatl y acompañaron con una “música graciosa”. Las procesiones fascinaron a los indios. La primera habría comenzado en Texcoco hacia 1528, según el testimonio de Motolinía, que escribía diez o doce años después de su llegada en 1524: “Y luego por todas partes comenzaron de ataviar sus iglesias, y hacer retablos, y ornamentos, y salir en procesiones, y los niños deprendieron danzas para regocijarlas más”¹⁹

Motolinía escribe de las fiestas patronales de los pueblos, las de la Navidad, los Reyes, la Candelaria, de los Apóstoles y los Difuntos, de la Resurrección de las de las fiestas de Corpus y San Juan Bautista, entre otras.²⁰

¹⁸ R. Ricard, *op. cit.*, pp. 423, 430.

¹⁹ L. Gómez Canedo, *op. cit.*, p. 117.

²⁰ T. B. Motolinía, *op. cit.*, pp. 121, 131.

ADMINISTRACIÓN DE LOS SACRAMENTOS

El bautismo fue vivamente deseado por los indios al paso de los frailes, según Motolinía, quien afirma:

les salen los indios al camino con los niños en brazos, y con los dolientes a cuestras, y hasta los viejos decrepitos sacan para que los bauticen a mi juicio y verdaderamente, serán bautizados en este tiempo que digo, que serán 15 años, más de nueve millones.

A veces los indios se confesaban por escrito o señalando con una paja en un cuadro de figuras dibujadas. Acostumbrados, como estaban, desde su antigua religiosidad, a sangrarse y a grandes ayunos penitenciales.

Cumplen muy bien lo que les es mandado en penitencia, por grave cosa que sea, y muchos de ellos hay que si cuando se confiesan no les mandan que se azoten, les pesa, y ellos mismos dicen al confesor: ¿por qué no me mandas disciplinar?; porque lo tienen por gran mérito, y así se disciplinan muchos de ellos todos los viernes de la Cuaresma, de iglesia en iglesia, sobre todo en la provincia de Tlaxcala.²¹

Al principio, la comunión no se daba sino a muy pocos de los naturales, pero el papa Paulo III, movido por una carta del obispo dominico de Tlaxcala, fray Julián Garcés, mandó que no se les negase, sino que fuesen admitidos como los otros cristianos. La misma norma fue acordada en 1539 por el primer concilio celebrado en México.

La celebración de los matrimonios planteó problemas muy graves y complejos, dada la poligamia, sobre todo entre los señores principales.

LA CONSTRUCCIÓN DE TEMPLOS

La construcción de iglesias fue sorprendentemente temprana. Ya a los 15 años de llegados los españoles, puede decir Motolinía que:

²¹ *Ibid.*, pp. 158, 159, 161 y 173.



En la comarca de México hay más de cuarenta pueblos grandes y medianos, sin otros muchos pequeños a éstos sujetos. Están en sólo este circuito que digo, nueve o diez monasterios bien edificados y poblados de religiosos. En los pueblos hay muchas iglesias, porque hay pueblo, fuera de los que tienen monasterio, de más de diez iglesias; y éstas muy bien aderezadas, y en cada una de su campana o campanas muy buenas. Son todas las iglesias por de fuera muy lucidas y almenadas, y la tierra en sí que es alegre y muy vistosa, y adornan mucho a la ciudad.²²

Se ha considerado que las tres órdenes habían construido 274 conventos e iglesias en la Nueva España en el siglo XVI, 157 los franciscanos, 56 los agustinos y 61 los dominicos.

CRUCES

Ya vimos que Hernán Cortés “doquiera que llegaba, luego levantaba la cruz”. Los misioneros, igualmente, alzaron el signo de la cruz por todo México: en lo alto de los montes, en las ruinas de los templos paganos, en las plazas y en las encrucijadas de caminos, en iglesias, hogares cristianos y en el centro de los grandes atrios de los conventos.²³

ESCUELAS CRISTIANAS

Los frailes edificaban junto a los monasterios unas grandes salas para la escuela de niños indios. En 1523, fray Pedro de Gante inició en Texcoco una primera escuela y poco después otra más en México.

Rápidamente se fue multiplicando el número de estos centros educativos, de modo que, en buena parte, la evangelización de México se hizo en las escuelas, a través de la educación de los indios. Los frailes recogían a los niños indios, como internos, en un régimen de vida

²² *Ibid.*, p. 229.

²³ B. del Castillo, *op. cit.*, pp.176, 177, 178.

educativa muy intenso, y “su doctrina era más de obra que por palabra”. Allí, además de lectura, escritura y una enseñanza elemental, se enseñaba canto, instrumentos musicales y algunos oficios manuales; “y también enseñaban a los niños a estar en oración”.²⁴

Dice fray Martín de Valencia en una carta de 1531, que en estas escuelas tenemos más de quinientos niños, en una poco menos y en otras mucho más [...] El escribir se les dio con mucha facilidad, y comenzaron a escribir en su lengua y entenderse y tratarse por carta como nosotros, lo que antes tenía por maravilla que el papel hablase y dijese a cada uno lo que el ausente le quería dar a entender.²⁵

En la música, al parecer, hallaron dificultad en un primer momento y muchos se reían y burlaban de los que los enseñaban. Pero también aquí mostraron pronto sus habilidades, no había pueblo de cien vecinos que no tuviera cantores para las misas. Poco después pudo afirmar el padre Mendieta:

En todos los reinos de la Cristiandad no hay tanta copia de flautas, chirimías, sacabuches, orlos, trompetas y atabales, como en solo este reino de la Nueva España. Órganos también los tienen casi todas las iglesias donde hay religiosos, y aunque los indios no toman el cargo de hacerlo, sino maestros españoles, los indios son los que labran lo que es menester para ellos, y los mismos indios los tañen en nuestros conventos.²⁶

Antes de la fundación de la Universidad de México, en 1551, el primer centro importante de enseñanza para muchachos indígenas fue, en la misma ciudad, el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, fundado en 1536 por el obispo Zumárraga y el virrey Antonio de Mendoza, y puesto bajo la dirección de fray García de Cisneros, uno de los doce. En este colegio, en régimen muy religioso de internado, los muchachos recibían una



²⁴ G. de Mendieta, *op. cit.*, p. 217.

²⁵ J.M. Iraburu, *op. cit.*, p. 106.

²⁶ G. de Mendieta, *op. cit.*, p. 412.

enseñanza compuesta de retórica, filosofía, música y medicina mexicana. Dirigido por los franciscanos, allí enseñaron los maestros más eminentes, como Bernardino de Sahagún, Andrés de Olmos, Arnaldo de Basacio, Juan Focher, Juan Gaona y Francisco Bustamente, y lo hicieron con muchos y buenos frutos, entre los que destaca el indio don Antonio Valeriano, verdadero humanista, que ocupó cátedra en el colegio, enseñó a religiosos jóvenes y tuvo entre sus alumnos a indios, españoles y criollos.

EVANGELIZACIÓN DE LA POBLACIÓN DE ZINACANTEPEC

La evangelización de los pueblos del valle de Matlatzinco fue difícil. Gerónimo de Mendieta señala la dificultad para aprender el idioma y dominar el carácter belicoso de sus habitantes cuando sentencia que “eran gente bárbara”, por lo que los frailes preferían morar entre los mexicanos; sin embargo, en toda la región causó profunda impresión en los naturales ver que aquellos sacerdotes acudían presurosos a donde eran llamados; que iban a pie, aun en la ancianidad, y a distancias inimaginables, y que, en sus viajes, no permitían que los indios cargasen ni el humilde hatillo que componía toda la hacienda del franciscano.

La admiración y el pasmo de los indios no tuvieron límites cuando contemplaron a los frailes estudiando de día y de noche aquella Teología que no conoció San Agustín –según la célebre frase de fray Juan de Tecto–, es decir, la lengua náhuatl; los vieron por todas partes recogiendo niños para bautizarlos y doctrinarlos con singular paciencia.

Cuando fue preciso que los franciscanos dejaran algunos conventos, fray Gerónimo de Mendieta relata que los indígenas decían: “si no es posible, que os quedéis con nosotros; si debéis dejarnos, mandadnos siquiera uno de vuestros hábitos viejos: lo conservaremos como prenda de

que nos amáis todavía, y lo veremos siempre como el escudo protector que nos ampara y nos defiende”.²⁷

Mendieta relata que fray Andrés de Castro muchas veces intentó dejar aquella gente matlatzinca, pero en tomando camino, luego le salían al encuentro hombres, mujeres y niños y unos se le ponían delante como por muro, otros se abrazaban a él y hacían grandes llantos, y al cabo le tomaban en peso y lo volvían al monasterio, y con esto se quedaba.²⁸

Los habitantes de Toluca y de todo el valle no fueron una excepción a la construcción de iglesias. Encabezados por su señor natural –antiguo rey o cacique–, colaboraron con sus evangelizadores y construyeron la iglesia y convento de San Francisco.

Es muy probable que la catequización de los habitantes de Toluca comenzara en 1525. Dice el padre Mendieta, y lo repiten Torquemada y Vetancurt, que para principiar la predicación del evangelio, los miembros del apostolado –venidos a México a mediados de 1524– estudiaron durante algunos meses la lengua náhuatl. A los frailes que tomaron por asiento la Ciudad de México les tocó adoctrinar a los habitantes del valle de Toluca y demás tierras de Occidente. Afirma el historiador Miguel Salinas que el cacique matlatzinca del citado lugar, mancebo esforzado y valeroso, fue el primer señor que en aquella tribu recibió el bautismo, en el que le pusieron, por haberlo deseado así el marqués del valle, el nombre de Fernando Cortés.

En el testimonio de Pascual de Angulo se afirma que oyó decir a sus antepasados que Fernando Cortés, primer marqués del valle, había ido a Toluca a visitar al cacique don Juan Cortés Coyotzin, que había asistido en la iglesia y que se había comunicado con los religiosos que habitaban entonces el convento.

²⁷ Miguel Salinas, *Evangelización de los matlatzincas*, p. 48.

²⁸ *Idem.*

Las noticias de Mendieta deben ser exactas, no sólo por la serenidad del ilustre historiador, sino porque vivió en Toluca, tuvo un alto cargo en el convento de San Francisco de esta ciudad y conoció personalmente al citado cacique²⁹:

La población del valle de Toluca, en aquel tiempo, era importante y numerosísima; que la diligencia de los misioneros fue tan grande, que, seis meses después de llegados, se atrevieron algunos de ellos –fray Luis de Fuensalida el primero– a predicar en mexicano, aunque con el auxilio de un nahuatlato [intérprete de lengua náhuatl]; teniendo en cuenta todo esto, bien puede aventurarse la conjetura de que al terminar la tercera década del siglo XVI, ya el valle de Matlalcingo –así le llamaron al de Toluca– había recibido la visita de los franciscanos, había escuchado las prédicas evangélicas, presenciando la destrucción de algunos ídolos y la erección de ermitas, siquiera sea provisionales y había visto levantarse la cruz en los lugares donde antes imperaba el Coltzin o Tolotzin, el dios Torcidito.³⁰

La conversión de los matlatzincas no caminó muy de prisa, había para ello un obstáculo difícil de vencer: el idioma. Sin duda fueron bautizados muy pronto muchos de los individuos de aquellas tribus que conocían el náhuatl, puesto que pudieron ser catequizados por los religiosos que ya hablaban esa lengua; su catequización fue más lenta y comenzó en realidad hasta la quinta década del siglo XVI con la llegada de fray Andrés de Castro.

Fray Andrés de Castro llegó con el padre fray Jacobo de Testera a la Nueva España en 1542. Aprendió la lengua mexicana y después la matlatzinca “lengua bien bárbara y dificultosa de aprender” y fue el primer evangelizador en aquella lengua y nación. Antes que él ningún otro religioso la supo, ni después de él, casi por espacio de 20 años. Compuso en matlatzinca su *Arte y vocabulario. Doctrina cristiana y Sermones de todo*



²⁹ *Ibid.*, pp. 50, 51.

³⁰ *Ibid.*, p. 52.



el año, y los casi 40 años que vivió en esta tierra se ocupó de la conversión, enseñanza y el ministerio de aquellas gentes:

Fray Andrés de Castro

Fray Andrés de Castro fue tenido siempre por santo varón; se le designó guardián del convento de Toluca, guardianía a la que renunció al poco tiempo, y en varias ocasiones fue electo definidor de la provincia. A pie y en ocasiones a caballo debido a la enfermedad de sus pies, recorría los pueblos del valle de Matlatzingo ocupado en la conversión, enseñanza y ministerio de los habitantes de la región. La misión de éste, según se desprende de su biografía, hubo de comenzar en Toluca desde 1543; pero en la década anterior, de 1530 a 1540, no se interrumpieron en aquellas comarcas los trabajos apostólicos de los franciscanos.³¹

ORÍGENES DEL MONASTERIO DE ZINACANTEPEC

El monasterio de Zinacantepec se menciona por primera vez en el testimonio que se encuentra en el Archivo General de la Nación en el ramo de Mercedes, volumen 2, expediente 116, folio 45; ahí se afirma que en 1543 ya existía un monasterio en Zinacantepec. El documento señala: “Para que Alonso de Galdo, corregidor de Teotenango, informe sobre el español que con vara de justicia fue al pueblo de Zinacantepec, y trato con fuerza a ciertos indios e hizo otros desacatos en el monasterio, sin tener poder ni facultad para ello”.³²

Fray Gerónimo de Mendieta relata que en 1558 era intérprete o nahuatlato del arzobispo Montúfar, que posaba en Zinacantepec en una visita pastoral. En ese lugar recibieron la noticia de la muerte del segundo obispo de Tlaxcala, fray Martín Sarmiento de Hojacastro. Aun no existía el convento, pues Mendieta lo mencionaría, ya que él vivía en el convento de Toluca.

George Kubler, con base en el estudio de los movimientos de población durante el siglo XVI, intenta establecer una correlación entre la

³¹ *Ibid.*, p. 53.

³² Mario Colín, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, Ramo de Mercedes, I Archivo General de la Nación, t. LV, México, 1967, pp. 414,415.

construcción y el suministro de trabajo, y señala que la mayoría de los cambios significativos en la actividad constructiva en ese tiempo en la Nueva España ocurren en la proximidad de las grandes epidemias, entre 1545 y 1576. Efectivamente, en la provincia del Santo Evangelio se registra, después de un período de actividad sin paralelo, una importante baja en la década de 1540. También supone que la fundación o inicio de la actividad constructora registrada en el convento de Zinacantepec se da en la década de 1560 a 1570.³³

En otro documento de Zinacantepec, que se encuentra en el Archivo General de la Nación en el Ramo de Mercedes, vol. 7, folio 284, de 1564, se lee:

Para que ante el juez de la junta y congregación de los naturales de dicho pueblo y sus sujetos comparezcan el guardián y religiosos de la orden de San Francisco, del monasterio de dicho pueblo y sean obligados los naturales a volver al pueblo arriba mencionado.³⁴

En el *Códice franciscano*, fechado en 1569, se escribe sobre el convento de Zinacantepec lo siguiente:

Zinacantepeque. Una legua de Toluca al Poniente, se edifica otro monasterio de San Miguel, en el pueblo de Zinacantepeque, que es de Juan de Sámano, alguacil mayor de la ciudad de México, el cual tiene más de tres mil vecinos. Este pueblo se solía visitar siempre de Toluca, y habrá cinco o seis años que el Arzobispo, a pedimento del encomendero, puso allí un clérigo contra la voluntad de los indios, y se han mudado en este tiempo no sé que tantos clérigos, a los cuales no han podido sufrir los indios, ni el mismo encomendero, a cuya causa ha pedido a la orden de San Francisco que vuelva a tener cargo de aquel pueblo, y que hagan monasterio, aunque sea a su costa, y que gastará cuanto tiene con los frailes, y lo mismo ha encargado

³³ G. Kubler, *op. cit.*, pp. 65, 67.

³⁴ M. Colín, *op. cit.*, pp. 414, 415.



Iglesia y capilla
abierta de
Zinacantepec.

el Visorrey, que ahora es Don Martín Enríquez, y así se hace el monasterio, aunque los religiosos residan en Toluca hasta que se haga la casa, y lo van a visitar, diciendo allí misa todos los domingos y fiestas; tiene Zinacantepeque doce aldeas o estancias de visita, sin la cabecera. (Al margen: Son menester otros dos frailes).³⁵

Se deduce del *Códice franciscano* que en 1563 ó 1564, el arzobispo, a petición de Juan de Sámano, había enviado a Zinacantepec al clero secular, con el que no hubo buenas relaciones, y el encomendero se arrepintió y pidió al virrey Enríquez restituyera a los frailes franciscanos. También señala que en 1569, los franciscanos asignados residían en el convento de Toluca mientras se construía el convento de Zinacantepec.

Manuel Toussaint nos ofrece dos referencias de 1585 que se pueden comparar: la de la *Descripción de la Provincia del Santo Evangelio*, que sirvió a Gonzaga para su gran libro, y la que consignaron los redactores del *Viaje del padre Ponce*.

Según la *Descripción de la Provincia del Santo Evangelio*, el convento, que lleva el número 32, está en “pueblo de otomíes y por la comarca hay algunos españoles en sus alquerías. La advocación de la iglesia es de San Miguel. Residen dos sacerdotes, ambos predicadores”.³⁶

En el *Viaje del Padre Ponce* se dice:

Mi dilecto amigo el padre Fray Alonso Ponce llegó a dormir a Zinacantepec la tarde del 3 de enero de 1585 y salió de madrugada el 4: no pudo volver a visitarlo. Los relatores del viaje anotaron que los indios son otomíes con unos pocos mexicanos; que pertenecen al arzobispado de México; que el convento es uno de los cuatro del valle de Toluca, con el de esta población y los de Metepec y Calimaya; que el monasterio no estaba acabado pero que iba construido de muy buen edificio y que moraban en él

³⁵ *Códice Franciscano*, p. 20.

³⁶ M. Toussaint, *op. cit.*, p. 101.

dos frailes. No dicen si son predicadores pero sí hacen notar que “hace por allí finísimo frío”.³⁷

La iglesia de Zinacantepec seguía en construcción en las postrimerías del siglo XVI. Ésto se aprecia en la fecha de construcción del baptisterio y de la pila bautismal de 1581, fecha labrada en la misma pila. Y en la Carta de Obligación por la que el escultor Juan Montaña se compromete con los representantes de Zinacantepec a hacer un retablo para su iglesia, fechado en 1594.³⁸

En 1613 a la iglesia que venía funcionando se le dio el rango de parroquia de Zinacantepec que fue fundada teniendo por patrón al Arcángel San Miguel. En 1697, Vetancourt escribe que Zinacantepec tuvo convento franciscano:

En el valle de Toluca, diez leguas de México en tierra fría; abundante de mayses, y de ganado de cerdo, está un convento, cuya Iglesia es al Arcángel S. Miguel dedicada, con tres Cofradías: la de SS. N. Señora, del Rosario y Ánimas; dentro del Pueblo hay tres ermitas; N. Señora de la Assumpción, Santa Maria Magdalena, y S. Antonio. Y fuera en su jurisdicción tiene ocho pueblos de visita con sus Iglesias: Transfiguración, S. Pedro, Santa Cruz, S. Juan, N. P. S. Francisco, S. Christóbal, S. Luis y Amanalco, que es la mayor, S. Gerónimo, S. Bartholomé, y S. Matheo que se le juntan conque son once; viven en el cinco religiosos con su ministro cura, que administran 5305 personas, de ellas son 442 españoles, mestizos y mulatos que se ocupan en labor de 12 haciendas que tiene la jurisdicción. Dividióse Amanalco con tres pueblos.³⁹

Se estima que para los últimos años del siglo XVI los frailes, ya radicados en Zinacantepec, continuarían con la labor de evangelización, al mismo tiempo que se realizaba la construcción del templo, que se concluirá en 1613, cuando se le dio el rango de parroquia.

³⁷ *Idem*

³⁸ María Elena Bribesca Sumano, *Una obra desconocida del escultor sevillano Juan Montaña*, pp. 30, 38.

³⁹ Agustín De Vetancourt, *Crónica de la Provincia del Santo Evangelio de México*. p. 248. B.N., México; Archivo Franciscano, caja 89, exp. 1377, para el patrón de 1623. Archivo Histórico del INAH, Fondo Franciscano, Vol. 144, Fols 36-48. Para directorio de 1721 y A. de Vetancurt.



